

Selección TERROR

LA TUMBA DEL DIABLO

Clark Carrados

SELECCION

TERROR

CLARK CARRADOS

LA TUMBA DEL DIABLO

Colección SELECCION TERROR n.° 503
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

498 —Noche de horror y de muerte, *Ada Coretti*
499 —Los hijos de Satán, *Ronald Mortimer*
500 — La casa de la arañas, *Clark Carrados*
501 —La elegida de Satán, *Joseph Berna*
502 — La llave del infierno, *Adam Surray*

ISBN 84-02025064 Depósito legal: B. 30.027 1982

Impreso en Esparta Pnntcd in Spatn

1.a edición: octubre, 1982
2.a edición en América abril. 1983

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como tas situaciones de la misma, von fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Paréis del Vallés (N-152. Km 21,650) Barcelona – 1982

CAPITULO PRIMERO

Después de la fatigosa caminata, el viajero se detuvo unos momentos, contemplando con ojos inquisitivos el paisaje que le rodeaba. Estaba en un lugar sumamente agreste, lleno de un salvajismo sin igual, y le pareció que aquellos parajes no habían cambiado absolutamente desde el principio de los tiempos.

Aquella impresión, sin embargo, se desvanecía cuando podía ver la casa, a través de los árboles, a menos de mil metros de distancia. Sin embargo, la frondosidad de la vegetación le impedía captar detalles del edificio, salvo algunos puntos del tejado, de gris pizarra y de picudos contornos.

Walt Ealing buscaba otra cosa. Durante unos momentos, permaneció en el mismo lugar, todavía jadeante y con la frente cubierta de sudor. Hacía mucho calor.

Avanzó un poco más. Entonces divisó la cinta plateada del río al pie del risco en que se hallaba. No podía estar ya muy lejos de su objetivo, se dijo.

Sacó un pañuelo y se limpió la cara. Al cabo de unos minutos, empezó a dar vueltas por el lugar, apartando con las manos los ramajes y los arbustos que dificultaban sus acciones.

De repente, creyó hallar lo que buscaba.

Avanzó unos pasos más y casi arrancó unos matorrales, en su ansia por llegar a aquel punto. Ealing lamentó no haber traído consigo un machete o una hoz, instrumentos ambos que le habrían servido de gran ayuda en su tarea. Pero, a fin de cuentas, se dijo, lo había conseguido y esto era lo importante.

Casi frenéticamente, arrancó algunas matas más y entonces pudo contemplar la imponente Tosa de granito, gris en un principio y ahora casi negro, por el paso de los años.

El tiempo y los elementos atmosféricos habían borrado casi la inscripción original grabada en la lisa superficie de la lápida. En la cabecera de la tumba había algo muy extraño, en lugar de la cruz que habría sido lógico encontrar. Ealing sonrió al ver aquella figura de hierro, que indicaba sobradamente la personalidad del ser que yacía en la sepultura.

Satisfecho de sus investigaciones, sacó una cámara en miniatura y tomó algunas fotografías. Serian la prueba que estaba buscando y que impedirla cualquier duda sobre su hallazgo.

Al cabo de unos momentos, se dispuso a marcharse. Entonces oyó ruido de ramajes a sus espaldas.

Ealing giró en redondo y casi lanzó un grito de terror al ver a aquel alto sujeto que había aparecido como por arte de magia. Era un

hombre muy alto, delgado, de edad indefinida, que lo mismo podía tener treinta que cincuenta años, con una extraña sonrisa en sus delgados labios y el rostro apenas sin color.

El desconocido vestía una larga capa, absurda prenda en aquellos parajes y más con el tiempo tan excelente que hacía. Debajo. Ealing pudo ver algo que le pareció un chaleco de color rojo sangre.

El hombre iba descubierto y podía ver su amplia frente, en la que destacaban dos cejas picudas, como sendos acentos circunflejos, y el pelo, negro como el carbón. Los ojos pare dan brasas ardiendo, pero Ealing se dio cuenta de que reflejaban la luz del sol poniente.

—Le he asustado, sin duda —dijo el desconocido.

—Un poco... No creí hallar a nadie en estos parajes —admitió Ealing.

Los ojos del sujeto se posaron en la cámara fotográfica que Ealing tenía aún en las manos.

Hizo un gesto de desaprobación.

—No debió haber tomado fotografías de la tumba del diablo — dijo.

—¿Por qué no? ¿Hay alguna ley que lo prohíba?

—Lo prohíbo yo. señor...

—¿Con qué derecho? —se encrespó Ealing.

—Con el derecho que me confiere mi poder. Con el derecho que tengo a no ser molestado en mi descanso eterno.

Ealing abrió la boca, estupefacto.

—Oiga, no irá a decirme que usted es... Vamos, ¿me toma por estúpido? ¿Piensa que voy a creer que usted es Ulrich von Schaffeln? Ese hombre murió hace más de trescientos años...

—Sólo fue enterrado, pero no murió —atajó el desconocido—. Y sigo sin querer que nadie me moleste en mi descanso eterno.

—Bueno, bueno, dejemos esto, ¿eh? No he bailado encima de su tumba ni he organizado una fiesta con música y licores... Sólo quería encontrar la tumba de Ulrich... perdón, la suya...

La cabeza del desconocido se movió pesarosamente.

—Lo malo es que también ha encontrado su tumba —dijo.

Ealing se alarmó.

Aquel sujeto estaba loco o poco menos. Se creía el personaje enterrado bajo la sepultura. Había decidido seguirle la corriente, pero ahora empezaba a ver que lo mejor que podía haber hecho era salir corriendo a toda velocidad.

—Ha turbado mi descanso eterno y eso merece un castigo —dijo el desconocido.

De pronto, su mano derecha surgió de la capa bajo la cual estaba oculta. Un chorro de fuego alcanzó de lleno el rostro de Ealing.

Se oyó un chillido agudísimo. Ealing llevó las dos manos al rostro, abrasado por aquella potente llamarada.

Sus cabellos se incendiaron instantáneamente. Otro chorro de fuego alcanzó su cuello y la parte superior de sus ropas empezó a arder con gran ímpetu.

Ealing cayó de rodillas, emitiendo sonidos que no tenían nada de humanos. Un tercer chorro de llamas le alcanzó en el pecho y la muerte sobrevino poco menos que instantáneamente.

El desconocido permaneció unos momentos inmóvil, contemplando aquel cuerpo que se debatía en las últimas convulsiones de la agonía y del que se desprendía un horrible hedor a carne quemada. Una espantosa sonrisa hizo brillar sus dientes. El sol era una bola roja y los dientes, al recibir sus últimos rayos, parecieron bañados en sangre.

Al cabo de unos momentos, el desconocido dio media vuelta y abandonó el lugar.

Al lanzar sus dardos de fuego, se había hecho un absoluto silencio en el bosque, como si las criaturas que lo habitaban presintiesen la inminencia de un terrible peligro. Ahora, el peligro había pasado y los pájaros volvieron a cantar de nuevo.

* * *

Con gesto de enojo, la hermosa conductora intentó dar marcha atrás, pero las ruedas giraron estérilmente en el suelo arenoso. Dagmar Scharff golpeó nerviosamente el volante.

—Tranquila, no te alteres. No pierdas la calma o será peor —se dijo a si misma.

Una vez más, intentó salir del atasco, pero el coche se negó a moverse del mismo sitio. Dagmar se dio cuenta de que el motor podía calentarse demasiado y cortó el encendido.

Abandonó el coche y puso las manos en los costados, mientras contemplaba críticamente la situación de las ruedas traseras. Era una muchacha alta, esbelta, de largos cabellos rubios, casi pajizos, y ojos muy azules. Vestía una sencilla blusa blanca y pantalones claros.

Recordó algunos consejos que había oído varias veces sobre una situación semejante. El coche estaba en una pendiente bastante inclinada y el suelo carecía de consistencia. Tendría que cortar ramas, ponerlas bajo las ruedas...

—He sido una tonta —se acusó—. Tenía que haber estudiado mejor el mapa de carreteras...

De repente, oyó un extraño sonido, que le pareció absurdo en aquellas circunstancias.

Alguien canturreaba una monótona melopea y a no mucha

distancia, treinta o cuarenta pasos como máximo. Al aguzar el oído, Dagmar captó también el rumor de las aguas de un arroyo.

Por lo visto, pensó, no estaba tan sola como había creído en un principio. Allí había alguien y, seguramente, podría ayudarla.

Lo que ella había creído un camino terminaba justamente en el lugar donde se había atascado el coche. Pero alguien había seguido adelante, a pie, y decidió acercarse a aquella persona, a fin de solicitar su colaboración.

Avanzó unos cuantos pasos, apartando con las manos los ramajes que le obstaculizaban el paso. Entonces presenció una escena que la hizo dudar de la integridad de su mente.

El hombre era joven, robusto, de tez tostada, y estaba casi completamente desnudo, a excepción de un pequeño taparrabos de tela. El pelo era intensamente negro y estaba ceñido por una ancha cinta de tejido multicolor.

Dagmar lo vio acuclillado junto al arroyo, con el agua hasta las pantorrillas, y un largo palo en la mano derecha. De pronto, recordó que le habían informado de una reserva india a poca distancia del lugar al que se dirigía.

Súbitamente, el joven disparó el palo y lo introdujo en el agua con centelleante velocidad. Al sacarlo, Dagmar vio un pez que se debatía furiosamente, con el cuerpo atravesado de parte a parte por el venablo.

Dagmar creyó que estaba presenciando una escena de siglos pasados. Allí había un hombre primitivo, cazando por procedimientos propios de la Edad de Piedra.

«Y, sin embargo, estamos en pleno siglo XX», pensó.

El indio se irguió. Dagmar vio que era muy alto, terriblemente musculado, pero esbelto al mismo tiempo, como un Apolo. En los guijarros de la orilla se velan tres peces más, todos ellos de buen tamaño.

De pronto, el joven se dio cuenta de que no estaba solo y se volvió.

Dagmar compuso una sonrisa de circunstancias.

—Perdón... Yo... Coche atascado... Perder ruta... —dijo.

—¡Ugh! —gruñó el indio.

—Usted... ayudar mí... Yo... pagar... ayuda...

—Mujer blanca perdida...

—Sí, eso es —dijo Dagmar, muy aliviada al ver que el piel roja le había comprendido.

Debía de ser un indio poco amante de la civilización, que prefería seguir practicando sus costumbres ancestrales. Ni siquiera sabía hablar correctamente el inglés. aunque sí podían entenderse con un mínimo de palabras.

Un caballo relinchó en las inmediaciones. Dagmar volvió la cabeza y

divisó un hermoso pinto blanco y negro, atado a un árbol. El animal no llevaba silla, lo cual confirmó sus suposiciones. Aquel indio vivía en un primitivo estado de salvajismo, igual que en la época de la llegada de los primeros blancos al continente americano.

Dagmar se señaló a sí misma con el índice y sonrió.

—*Squaw* en apuros... Tú ayudar... Yo pagar trabajo...

—¡Ugh! —contestó el piel roja, a la vez que asentía con la cabeza—. Tú decir cuál ser apuro...

—Coche... —Dagmar hizo gestos con la mano—. Carreta... sin caballos, atascada en camino...

—Yo comprender. Haber visto automóviles alguna vez.

—La nariz del indio se arrugó desdeñosamente—. Olor gasolina malo, como peste de excremento de zorro...

Dagmar hizo un gesto de repugnancia.

—Sí, supongo que si, aunque no he tenido nunca la fortuna de oler esa... sustancia —contestó.

El indio se golpeó el pecho con una mano.

—Yo, hombre fuerte. *Squaw* no más apuros —dijo orgullosamente.

—Gracias. ¿Querer venir conmigo? —sonrió Dagmar.

—Sí, ir contigo.

CAPITULO II

El piel roja llegó junto al coche y dio una vuelta completa a su alrededor. Dagmar le contemplaba en silencio. Al cabo de unos momentos, el indio se volvió hacia ella.

—Coche salir con ayuda caballo —dijo—. Necesitar cuerda para remolque.

—Creo que tengo una en el portaequipajes —exclamó Dagmar.

Levantó la tapa del maletero y hurgó un poco. Luego sacó un rollo de cuerda, que el piel roja examinó críticamente.

—Servir —dijo al fin, lacónico—. Tú aguardar aquí. *Squaw.*

—Si, gracias —contestó Dagmar, muy aliviada.

Una vez, el año pasado, había ido a esquiar y alguien le había aconsejado que pusiera una cuerda en el coche, para caso de necesitar remolque. No había vuelto a pensar en la soga y ahora se felicitaba de aquel olvido.

El indio volvió a poco, llevando a su caballo de la brida, que consistía únicamente en un trozo de cuerda que pasaba en torno a su cuello. Después, con gestos rápidos, ató la cuerda de remolque al parachoques.

—Necesitar chaqueta tuya o algo parecido... Cuerda rozar cuello montura y causar daño...

—Si, comprendo.

Dagmar abrió una maleta y sacó algunas prendas de ropa, que el indio enrolló en torno al lazo que había hecho y que pasó a continuación por el cuello del pinto. Cuando tuvo todo preparado, hizo un gesto con la mano.

—Listo —dijo.

Dagmar subió al coche, quitó el freno de mano y puso el cambio en punto muerto. El indio lanzó un poderoso grito y el caballo tiró con fuerza.

Enormemente aliviada. Dagmar sintió que el coche se ponía en movimiento.

«Soy una mujer afortunada; he encontrado ayuda en donde menos podía esperarlo», pensó.

Y se preguntó qué habría sido de ella, perdida en un paraje desconocido y sin posibilidad de salir de aquel atasco.

El suelo se hizo llano a treinta metros y el indio lanzó un grito:

—¡Freno!

Dagmar pisó el freno.

—Coche ya poder retroceder —indicó el piel roja.

Dagmar dio el contacto. El motor rugió satisfactoriamente.

En aquel lugar, había cierta anchura y podía maniobrar. Esperó a que el piel roja hubiera soltado la cuerda y entonces hizo dar la vuelta al coche.

Frenó de nuevo, se apeó y abrió su bolso.

—Te estoy muy agradecida —dijo—. Toma.

Sacó dos billetes de cinco dólares y los puso en la mano del indio. Luego le miró sonriendo.

—Me gustaría saber tu nombre... ¿Cómo llamar tú?

—Oso Negro.

—Yo soy Dagmar Scharff. Voy a Lubbow y pasaré allí una temporada. Si tú ir, yo saludarte con mucho agrado. Estar muy agradecida, Oso Negro.

—*Squaw* ser muy guapa. ¿Casada?

—No. todavía no —sonrió Dagmar.

—Pronto casar. Tener media docena de *papo oses.*

—Bueno, ni siquiera tengo novio... Y seis hijos me parece una cifra excesiva...

Tendió su mano al indio.

—Gracias otra vez, Oso Negro.

—Yo desear bendiciones de Gran Manitú para mujer blanca — dijo el piel roja solemnemente.

Ella volvió al coche. Oso Negro montó en el pinto y levantó la mano derecha. A Dagmar le pareció una estampa romántica, de tiempos pasados, hecha realidad en el presente.

Levantó también su mano.

—Adiós. Oso Negro.

—Adiós, *Squaw.*

Oso Negro taloneó a su caballo y partió al galope por la pendiente, hacia el rio. Dagmar pensó en aquel joven cien años atrás, galopando detrás de una diligencia o en torno a los carros en círculo de una

caravana. Afortunadamente, estaban en pleno siglo *XX,* se dijo.

—O habría acabado en su tienda, curtiendo pieles de búfalo y cosiendo mocasines...

Pisó el acelerador y, con el ánimo ligero y alegre, trató de buscar la ruta que la conducirla a Lubbow.

Luego, la sonrisa se borró de sus labios. El conflicto que acababa de superar era una minucia comparado con los que tenía que resolver una vez llegada a su destino.

* * *

Había tomado alojamiento en el único hotel del pueblo, un establecimiento con más de sesenta años de antigüedad, pero bastante bien conservado y con todas las comodidades modernas, pese a la vejez del moviliario y la decoración. Por el momento, no había dicho a nadie los motivos de su viaje a Lubbow. Ya llegarla la ocasión adecuada.

Después de bañarse y asearse, sintió hambre. El comedor del hotel estaba en la planta baja. Lo había visto a su llegada y sabia que se comunicaba con otra sala, destinada a bar, en el que había varios hombres cuando se inscribió en el libro de registro.

Terminó su atavío, cogió el bolso y salió de la habitación. Momentos después, se hallaba en el comedor.

La puerta que daba al bar estaba abierta. Se oían risas y voces de los clientes. De pronto, oyó un alegre grito:

—¡Hombre, mirad quién está aquí! ¡Ned, muchacho! ¿De dónde sales?

—He estado pescando todo el día —contestó el recién llegado.

—¿Has tenido suerte, Ned? —preguntó otro.

—Seis truchas. Cada una pesa lo menos dos kilos. ¿Qué os parecerían unas buenas tajadas de trucha a la brasa, muchachos?

—¿En dónde celebramos la fiesta? —quiso saber otro de los clientes.

—Atrás, en el patio. Dottie nos prestará su hornillo y algo de carbón —contestó el recién llegado.

—Y yo pago la cerveza —dijo otro hombre.

Dagmar se sentía estupefacta. Apenas si podía dar crédito a sus ojos y sus oídos.

Oso Negro estaba allí, sin la cinta de colores en la cabeza, vestido con una camisa clara y pantalones vaqueros, riendo y bromeando con los clientes del bar, como uno más y sin que ninguno de ellos se

sintiese ofendido al alterar con el que parecía ser un piel roja de pura sangre. Dagmar se hallaba en pie, junto a la mesa en la que se disponía a cenar, aturdida y desconcertada por algo que le resultaba totalmente inesperado.

El indio la vio de pronto y sus cejas se levantaron un instante. Luego se echó a reír.

—Perdonad un momento, muchachos —se disculpó ante sus amigos.

Avanzó hacia la muchacha a largas zancadas, con la mano tendida en un saludo amistoso.

—Perdóneme, señorita Scharff —dijo—. Creo que no me he portado demasiado bien con usted. Me he burlado de usted desconsideradamente y creo que debo ofrecerle mis más sinceras disculpas.

Dagmar dudó un instante. Se preguntó si debía indignarse y enviar a paseo a aquel joven burlón, pero luego se dijo que lo mejor era tomarse las cosas con filosofía. Además, el indio la había librado de Un grave aprieto...

Sonrió también.

—Bueno, la culpa ha sido mía —admitió—. Le vi con aquel atavío, como un piel roja prehistórico... Debe perdonarme por la forma de hablar; llegué a creer que no entendería apenas el idioma... Además, le oí canturrear algo que me resultó incomprensible...

—Es una vieja canción de los pies negros, en la que se invoca la protección del Gran Espíritu para obtener una pesca abundante —explicó el joven—. Y. a propósito, mi verdadero nombre es Ned Black. Puede llamarme Ned a secas, si lo desea.

Ella le contempló admirada.

—Nunca creí verle en esta situación, tan... civilizadamente... Pensé que no quería vivir fuera de sus territorios...

—Bien, la verdad es que estoy de vacaciones y, de cuando en cuando, me gusta hacer un poco de vida selvática. Eso elimina toxinas, fortalece los músculos, limpia la mente... En fin, puede imaginárselo, señorita Scharff.

—Esta mañana me llamaba *Squaw* —le recordó ella sonriendo—. Pero mi nombre es Dagmar.

—Usted no es americana... Sin embargo, habla un inglés perfecto.

—Soy americana, nieta de alemanes —aclaró ella—. Y he nacido aquí, aunque debo confesarle que he vivido en Europa desde los cinco años. Incluso seguiría viviendo allí, en Alemania, de no ser por...

Dagmar se calló. Ned pensó que no le convenía ser indiscreto.

—Vamos a asar las truchas que he pescado hoy, como lo hacían mis antepasados. ¿Le gustaría unirse a nuestra fiesta, Dagmar?

Los ojos de la joven chispearon.
—Sería maravilloso. Ned —aceptó entusiasmada.
La mano del joven se posó sobre su brazo.
—Entonces, venga conmigo y sabrá qué es un buen pedazo de trucha, asada de forma natural. Le aseguro que no lo olvidará mientras viva.
—Eso espero, pero... ¿me permite una pregunta, Ned?
—Si, claro.
—No se moleste... No está en mi ánimo ofenderle, pero, dígame, ¿es usted indio de veras?
El joven se echó a reír.
—Un cuarto de sangre pies negros —contestó—. Mi abuelo era un indio auténtico. Yo me llamo como él, Black Bear, esto es. Oso Negro. Pero en los registros figura mi nombre como Ned Black, simplemente.
—Comprendo. Gracias, Ned.
—No se merecen. Ande, venga conmigo; le presentaré a unos muchachos estupendos que se alegrarán de tenerla entre nosotros.
Dagmar recogió su bolso y pasó al bar. Varios sombreros removieron de las cabezas que cubrían. En pocas palabras. Black explicó a sus amigos las peripecias de la joven, perdida en el camino a Lubbow, aunque sin mencionar ningún detalle de la forma tan peculiar en que se había producido el encuentro. Al cabo de unos momentos, alguien dijo que la dueña del hotel ya tenía preparadas las parrillas para asar las truchas.
En aquel instante, alguien entró en el bar. Las conversaciones cesaron casi en el acto.
—Hola a todos —saludó el recién llegado, en cuyo pecho se veía brillar una estrella de metal—. Perdonen que interrumpa, pero tengo que hacerles una pregunta.
—¿A quién busca, comisario? —preguntó Black.
—¿Cómo lo has adivinado. Ned?
El joven sonrió.
—Intuición, supongo.
Dan Coslar, comisario de Lubbow, hizo un gesto de aquiescencia.
—He recibido un telegrama hoy mismo manifestó—. Se llama Walt Ealing, tiene unos cuarenta y cinco años, estatura regular, medio calvo...
Alguien levantó una mano.
—Espere un momento. Dan —dijo el sujeto—. Creo que yo vi a ese hombre hará tres semanas. Se paró en la carretera y me preguntó por el camino a Mount House. Luego me dijo si había oído hablar alguna vez de la tumba del diablo. Le contesté lo mejor que supe y se marchó. Eso es todo.

—¿Nadie más le ha visto? —preguntó Coslar.

Todas las respuestas fueron negativas.

—Está bien. Gracias. Mike —dijo el comisario, dirigiéndose al hombre que le había dado los informes sobre la persona a quien buscaba—. Seguiré investigando...

—Perdone, Dan —le interrumpió Black—. Mike ha dicho que ese sujeto buscaba Mount House.

—Eso he oído, ¿no es cierto, Mike?

—Si, desde luego confirmó el aludido—. Pero también preguntó por la tumba del diablo.

—Deberla haber preguntado mejor por la tumba de Kit Ryan —gruñó alguien.

—Guárdate esos comentarios para ti —rezongó Coslar—. El señor Ryan, pese a sus extravagancias, es una persona honorable y tú no tienes por qué desear su muerte, sobre todo, cuando no te ha hecho daño alguno...

—No me ha hecho daño, ¿eh? Entonces, ¿qué me dices de las tres ovejas que encontré muertas y destripadas hace un par de semanas?

—Lo haría algún lobo, seguramente.

—¿En este tiempo? ¿cuando tienen caza de sobra en las montañas, Dan?

Coslar se agitó, incómodo.

—Yo no creo que haya sido él. Bud Wessig. Y menos para lo que dices sin ningún sentido. Vamos, a nadie se le ocurriría pensar que el señor Ryan mata tus ovejas para dar de comer al diablo.

Sonaron algunas risitas. Wessig se volvió furioso hacia los otros.

—Sí, sí, reíd cuanto queráis... pero si un día encuentro a Ryan cerca de mis corrales, lo va a sentir —exclamó.

Black intervino para calmar los nervios del sujeto.

—Tranquilízate. Bud —aconsejó—. A tus ovejas les pasa algo y ya procuraremos averiguar qué alimaña es la que las ataca. Comisario, no sabemos nada de Ealing, salvo lo que ha dicho Mike Morton —añadió.

—Está bien, seguramente, continuarla viaje y... Adiós a todos —se despidió el representante de la ley.

Black se volvió hacia la muchacha y sonrió.

—Lamento lo ocurrido —dijo—. No pasa de ser un incidente propio de un pueblo pequeño como Lubbow.

—Si, comprendo, pero no tiene importancia —repuso Dagmar—. Sin embargo, me gustaría hacerle algunas preguntas, Ned.

El joven asió de nuevo el brazo de Dagmar.

—Después de las truchas — contestó alegremente.

* * *

Sentada en un taburete, Dagmar terminó su plato y se limpió los labios con una servilleta de papel que le había dado Black. Luego miró al joven y sonrió.

—Nunca había comido nada semejante. Parecía maná caldo del cielo...

—Sacado del rio —puntualizó Black—. Unas aguas no contaminadas y ojalá sigan así mucho tiempo. Aunque quizá cualquier día, cuando menos lo esperemos, estos parajes empezarán a perder su encanto y su agreste primitivismo, y se convertirán en un horrible amontonamiento de basuras dejadas por los turistas de los domingos y por los nuevos pobladores que tendremos en la zona, si Dios no lo remedia.

—Los hombres, ¿no pueden remediarlo? —preguntó Dagmar.

—Lo veo muy difícil —repuso el joven.

—Parece que hay problemas en Lubbow. ¿Puedo saber qué sucede, Ned?

—Es un poco largo de explicar...

Black no pudo seguir adelante. Los comensales se habían callado repentinamente, cesando todos al mismo tiempo en sus risas y comentarios llenos de jovialidad y buen humor.

Intrigada, Dagmar se volvió. Un grito de horror brotó en el acto de sus labios.

A su lado, Black se puso rígido. Algunos de los asistentes a la fiesta retrocedieron varios pasos instintivamente.

La reunión se celebraba en el patio posterior del hotel, un recinto cercado por una alta tapia de mampostería y al que se accedía por un gran portón de madera, ahora abierto de par en par, y por el que entraban los coches de los clientes y los vehículos de carga que llevaban provisiones y pertrechos al hotel. En la entrada, bajo la marquesina que la protegía, se divisaba una extraña figura.

El rostro del recién llegado parecía arder en llamas, pero era que reflejaba el color de las brasas que aún quedaban bajo las parrillas donde se habían asado las truchas. Aquel sujeto vestía enteramente de negro, salvo el chaleco de brillante seda roja, apenas visible, sin embargo, debido a la capa que le cubría desde el cuello hasta casi los tobillos.

—Sé que hay aquí una persona que me está insultando constantemente —dijo el recién llegado. Mejor dicho, me insulta a través de un hombre honesto y decente, que no puede defenderse

por sí mismo. Me refiero a Kit Ryan, naturalmente.

Black dio un paso hacia el hombre, a quien vela por primera vez.

—¿Quién es usted? ¿Qué hace aquí? —exclamó.

—¡Yo soy el que yace en Red Ridge!

Mike Morton se santiguó precipitadamente.

—¡El diablo! —exclamó.

—No lo soy, aunque algunos me califiquen como tal —contestó el desconocido. Pero, sí, el diablo es mi amigo y me ha permitido salir del lugar donde descanso, para castigar al que me ha insultado. ¿Dónde está Bud Wessig?

—Aquí —exclamó el aludido—. Y yo no te temo a ti, diablo o amigo del diablo. Para los tipos de tu calaña, tengo algo que no falla...

Wessig sacó un revólver del interior de su chaqueta a la vez que hablaba. Pero no tuvo tiempo de apretar el gatillo.

El desconocido alargó la mano derecha repentinamente. Un violento chorro de llamas se prolongó con siniestro silbido y alcanzó de lleno el cuello de Wessig.

Se oyó un terrible alarido. Wessig soltó el revólver, se llevó las manos al cuello y. después de un par de convulsiones, cayó al suelo.

Dagmar estaba helada de terror. El desconocido hizo otro ademán con la misma mano que había lanzado el chorro de fuego.

Una espesa nube de humo blanco brotó del suelo al instante, envolviéndolo por completo y haciéndolo invisible a los ojos de los petrificados espectadores de la escena. Cuando el humo se disipó, el desconocido había desaparecido sin dejar el menor rastro.

CAPITULO III

El médico se incorporó, limpiándose las rodillas maquinalmente.

—Muerto —dijo—. El fuego abrazó su cuello, quemando en instantes no sólo la tráquea, sino también la vena yugular. Pero podré expresarlo con más detalle, apenas haya realizado la autopsia.

Coslar asintió.

—Haré que se lleven el cadáver —murmuró—. No olvide enviarme el informe cuanto antes, doctor.

—Descuide, Dan.

Black llegó en aquel momento.

—Lo siento —dijo—. No he encontrado el menor rastro de ese hombre.

—¡Se esfumó por arte de magia! —gritó Morton—. Era el mismísimo diablo.

—Dijo que era el que yacía en la tumba de Red Ridge —corrigió uno de los presentes.

Black no quiso hacer ningún comentario. Conocía bien a la gente de Lubbow y sabía que la mayoría de ellos, ignorantes y crédulos, vivían, en muchos aspectos, con la mentalidad de siglos pasados. Admitirían cualquier fábula que se les contase, por disparatada que fuese, pensó.

Dos hombres se llevaron el cadáver. La reunión, comenzada con tan agradables auspicios, se disolvió en un sombrío silencio.

Black entró en el hotel y subió al primer piso. Llamó a una puerta, esperó un poco y trató de sonreír al ver a Dagmar en el umbral.

—Siento lo ocurrido —dijo.

—Usted no tiene la culpa, Ned —contestó ella—. Pero ha sido horrible, ¿no cree?

—Espantoso —convino Black—. Verdaderamente, no se puede decir que su llegada a Lubbow haya sido precisamente un éxito. Por favor, no lo tome como crítica...

—Es que es la pura verdad —sonrió la muchacha—. Primero, el atasco de mi coche...

—Eso no ha tenido ninguna importancia. Lo terrible es lo que ha pasado hace poco, delante de todos nosotros. En fin, espero que no nos juzgue a todos por el mismo rasero.

—No se me ocurriría ni en sueños, Ned. Pero, ¿es cierto que el hombre que mató al pobre Wessig había salido de su tumba?

—Eso es lo que él dijo. Yo no lo creo. Lo mató por motivos que ignoramos y que, tal vez, tengan alguna relación con las ovejas muertas. Lo que sucede es que quiso desempeñar una comedia para impresionar a las gentes de Lubbow. Aunque usted crea lo contrario,

en esta comarca hay demasiado atraso, demasiadas supersticiones, un exceso de credulidad...

—Parece imposible —comentó Dagmar, asombrada.

—Pues es así. De no ser por algunas cosas como el teléfono. la radio y la televisión, y otros adelantos modernos incluida la indumentaria actual, hay veces en que uno piensa que estamos en otro siglo, en otra época pasada, en suma, cuando la incultura, aliada con la superstición y la ignorancia, era la norma general.

—Como en el Salem de 1620, cuando mataban a la gente por brujería.

—Una comparación bastante acertada, aunque, gracias a Dios, no hemos llegado aún a semejantes extremos —sonrió Black.

—Pero el desconocido desapareció detrás de una nube de humo, como dicen que lo hada el diablo después de sus manifestaciones terrenales.

—Algún truco...

—El chorro de fuego que mató a Wessig no fue un truco, Ned —alegó la joven.

—Pero tampoco fue un suceso sobrenatural. Tiene que haber una explicación lógica para tales fenómenos, aunque de momento yo no sé dar con ella.

—¿Piensa investigarlo, Ned?

—Es posible. De todos modos, siento que su llegada a Lubbow se haya visto perturbada por un hecho tan horrible. En fin, no quiero continuar importunándola más. Nos veremos mañana... si es que piensa estar aquí todavía.

Dagmar sonrió.

—Estaré algunos días más —aseguró, a la vez que tendía la mano al joven—. Buenas noches, Ned.

—Buenas noches, Dagmar.

Black se retiró, sumamente pensativo, muy preocupado por lo que acababa de suceder. Su mente trabajaba a toda presión, recordando cada detalle de lo ocurrido tras la aparición del misterioso personaje que había dicho ser el que yacía en Red Ridge.

¿Por qué aquel ser aseguraba haber salido de su tumba para defender a Kit Ryan?

Lentamente se encaminó al patio trasero donde se había celebrado una fiesta tan trágicamente interrumpida. Había una lámpara encendida en la parte trasera del hotel y contempló el ambiente con ojos críticos.

Al cabo de unos momentos, avanzó una docena de pasos y se situó en la puerta de acceso al patio. Paseó la vista a derecha e izquierda. ¿Cómo era posible que el misterioso personaje hubiese desaparecido de repente, como si dispusiera de poderes

sobrenaturales?

Repentinamente, oyó un ligero ruidito a sus espaldas. Quiso volverse, pero, en el mismo instante, sintió un dolor agudísimo en la parte posterior del cráneo.

Notó que perdía la fuerza en las piernas y que sus rodillas empezaban a doblarse. Desesperadamente, manoteó para buscar un asidero, pero la inconsciencia sobrevino con gran rapidez y ya no se enteró siquiera de que chocaba contra el suelo.

* * *

Dagmar vio entrar en el comedor a Black y le sorprendió el aspecto del joven. Black se sentó frente a ella con aire desmadejado, a la vez que emitía una débil sonrisa.

—¿Se encuentra mal? —preguntó la muchacha.

—Anoche recibí un fuerte golpe en la cabeza. Estuve sin sentido casi dos horas — respondió Black.

—Se cayó, sin duda, en alguna parte...

—No; me atacaron.

Dagmar abrió mucho los ojos.

—¿Quién?

—No lo sé...

La camarera llegó y empezó a servir los desayunos. Black tomó un par de tazas de café, que acompañó con dos tabletas de analgésico.

—Parece que empiezo a sentirme mejor —sonrió después —. Dagmar, aunque lo encuentre extraño, no tengo la menor idea de la identidad del que me atacó anoche, a los pocos minutos de haberme separado de usted.

—Tal vez algún borracho agresivo —supuso ella.

—No. no lo creo. Después de dejarla a usted, yo fui al patio trasero, donde hablamos estado cenando. Quise recordar todos los detalles del suceso, a fin de encontrar alguna pista que me permita resolver el enigma de la muerte del pobre Wessig. En ese momento, alguien me golpeó en la cabeza y me dejó sin sentido. Desperté más tarde, nadie se había dado cuenta de mi situación, subí como pude a mi cuarto y... Bien, aquí estoy de nuevo —concluyó Black con leve sonrisa.

—Lo encuentro inexplicable —declaró la joven—. ¿Por qué tuvieron que atacarle?

Black puso dos huevos en su plato.

—Tal vez no hubo nada mágico en la muerte de Wessig. Naturalmente, hay alguien interesado en que ese misterio no se desvele. Es la única explicación que se me ocurre... por ahora.

—Comprendo. ¿Piensa desistir de sus propósitos. Ned?

—No, aunque tampoco me lo voy a tomar a pecho. Tengo todavía un mes por delante.

—¿Sólo un mes?

—Claro, mis vacaciones anuales.

—Eso significa que no vive en Lubbow...

—Hace años que me marché, pero siempre vuelvo al lugar donde nací, para recordar momentos felices. Por eso me encontró ayer, pescando de la misma forma que lo hicieron mis antepasados indios durante milenios. Además, aprovecho para visitar a mis parientes en la reserva... —Black miró fijamente a la muchacha—. No me avergüenzo en absoluto de mi sangre india.

—Siga así —dijo ella con cierto ímpetu—. No hay nada más despreciable que renegar de los antepasados. Aparte de que, bien mirado, los verdaderos americanos son los pieles rojas.

—Gracias por su forma de pensar —sonrió él—. En cambio, usted es verdaderamente nórdica, pero... ¿por qué ha venido a Lubbow, si no es indiscreción?

Dagmar bajó la mirada y jugueteó unos momentos con el tenedor.

—Ned, ¿me promete no repetirlo a nadie, si se lo digo?
—preguntó al cabo.

—¡Por supuesto! Todo lo que usted me diga, será considerado como confidencial, a menos que desee lo repita a otras personas. ¿Es algo grave?

—Oh. no, aunque no me gusta demasiado hablar de ello... Ned, antes dije que no se debe renegar de los antepasados.

—Cierto, y me agrada su forma de pensar... ¿Cree que tiene algo que ocultar?

—De momento, no deseo divulgarlo. Además, pasó ya hace trescientos años. Ned, he venido por el que yace en Red Ridge.

—Aquel hombre misterioso, que se decía era el diablo en persona...

—Si. Se llamaba Ulrich von Scharffeln. Yo soy descendiente suya y llevo el mismo apellido, aunque, de momento y mientras dure mi estancia aquí. he suprimido el von y las tres letras finales. Por favor, no lo divulgue.

—Descuide —aseguró él, que se sentía muy asombrado por la inesperada revelación de la muchacha—. ¿Ha venido a visitar su tumba?

—En realidad, quiero investigar sobre sus hazañas. Quiero redactar mi tesis doctoral. Cuando lo haya conseguido, recibiré el titulo de doctora en Letras por Francfort.

—Vaya, ésa sí que es una verdadera sorpresa... Nada menos que una descendiente de aquel demonio... Perdone, no quise ofenderla...

—Fue un verdadero diablo —sonrió Dagmar—. Pero cometió sus crímenes hace trescientos años y. la verdad, ya no me alcanza su mala fama.

—En eso estoy desacuerdo con usted. Y, dígame, ¿por dónde piensa iniciar sus investigaciones?

—Tenía la idea de viajar a Mount House. Creo que está cerca de Red Ridge. Además, es la casa que edificó mi antepasado. Sé que hay en ella algunos documentos antiguos...

—Ahora la habita un tal Kit Ryan, aunque ignoro si es suya o la ha alquilado —dijo Black.

—Hablaré con él y le pediré permiso para las investigaciones. Según tengo entendido, Red Ridge entra en los límites de la

propiedad y no me parece prudente dar un solo paso sin autorización del dueño. O del inquilino, en su caso.

—Hace bien —aprobó el joven—. ¿Conoce el camino de Mount House?

Dagmar sonrió.

—Ya vio ayer mi sentido de la orientación —coincidió—. No serviría para guiar a una persona ni siquiera al otro lado de la calle...

—¿Me permite una sugerencia, Dagmar?

—Claro — accedió ella.

—La distancia hasta Mount House es de escasamente cuatro millas. ¿Sabe montar a caballo! —No muy bien, no es mi deporte favorito.

—Le gustará cabalgar a través del bosque en este tiempo.
La tierra se conserva como en el principio de los siglos. Verá cosas maravillosas... y yo me sentiré muy honrado de servirle de gula.

—En tal caso, tendría que cambiarme de ropa, Ned.

—Bastarán unos pantalones vaqueros —indicó él—. Si me lo permite, iré a buscar mi pinto y otro caballo para usted. Mi primo Jim Big Eagle tiene un establo y dejo el pinto a su cuidado cuando me quedo en la ciudad.

—Big Eagle quiere decir Gran Aguila, ¿no es así?

—Exacto. —Black se puso en pie—. Vendré a buscarla dentro de quince minutos, Dagmar.

—Estaré preparada —prometió la joven.

CAPITULO IV

La casa se apareció de repente al salir del espeso bosque de coníferas que terminaba al pie de la loma de fuerte pendiente, a la que se accedía por un sendero que trazaba varias eses antes de concluir en la puerta principal. Era un edificio viejísimo, construido en granito y con tejado de pizarra a dos aguas, cuyo aspecto resultaba absolutamente incongruente en aquel paisaje.

—Bien, ésa es la casa que construyó mi antepasado hace trescientos años —dijo la muchacha—. Usted la habrá visto en más de una ocasión, supongo.

—Cierto —admitió Black—. Pero si le he de ser sincero, jamás he puesto los pies en su interior. A la gente de mi tribu no le habría gustado. Ellos toleraron su edificación, pero jamás simpatizaron con sus ocupantes.

—Tengo una vaga idea de los motivos de esa frialdad en las relaciones entre los pieles rojas de la comarca y el barón. Usted me dirá algo más en otro momento; a fin de cuentas, también sus informes pueden servir para mi tesis doctoral.

—Lo haré con mucho gusto. —De pronto, Black tendió la mano hacia una eminencia situada a unos mil metros de distancia—. ¡Mire, allí está Red Ridge, el lugar donde fue enterrado su antepasado...! ¿Ha dicho que era barón?

—Sí, tenía ese título —confirmó Dagmar—. Pero ni mis padres ni yo nos hemos preocupado jamás de reivindicarlo. Pienso que a estas alturas resultaría incluso ridículo, ¿no le parece?

—Tampoco estorbarla —sonrió él.

Momentos después, se detenían ante la puerta de la casa.

Black saltó ágilmente al suelo, desde los lomos del pinto, sin ensillar, como era su costumbre, y ayudó a la joven a apearse de su montura.

Sonriendo, Dagmar se puso las manos en la cintura.

—Lo notaré a la vuelta —dijo.

—Haré que mi prima, la mujer de Big Eagle, vaya a darle un masaje en el hotel. La dejará como nueva, se lo aseguro —contestó él riendo.

Se acercó a la puerta y contempló el pesado llamador de hierro forjado, en forma de pezuña de macho cabrío. Dagmar vio la expresión que surgía en el rostro del joven.

—Un llamador muy original, ¿no cree?

—La pata del macho cabrío —dijo él—. A Satanás se le representa también bajo esa apariencia, Dagmar.

—Lo sé. Debió de ser un capricho del barón. Creo que tenía un notable sentido del humor, aunque demasiado morboso en ocasiones.

Black alzó el llamador y lo dejó caer sobre la placa de hierro que era el soporte. El golpe retumbó fragorosamente en el interior del edificio.

Transcurrieron unos minutos. Al fin, se abrió la puerta y una mujer de unos cuarenta años, alta, delgada y de rostro chupado, apareció en el umbral.

—¿Qué desean? —preguntó, con escasa cortesía.

—Soy la profesora Dagmar Scharff —contestó la joven—. Le ruego me anuncie al señor Ryan, a quien expresaré los motivos que me han traído a esta casa.

Los ojos de la mujer escrutaron penetrantemente los rostros de ambos visitantes. Al cabo de unos segundos, hizo un gesto de asentimiento.

—Muy bien, profesora. Pase usted —dijo—. Usted —se dirigió ásperamente al joven—, quédese fuera.

—¡Ugh! —gruñó Black—. Mujer blanca graznar como corneja con dolor de tripas.

El rostro de la sirvienta enrojeció profundamente. Dagmar tuvo que contenerse para no lanzar una carcajada. La mujer se había apartado a un lado y cruzó el umbral. Al pasar por delante de ella, oyó una sorda imprecación:

—¡Sucio piel roja!

Dagmar siguió a la sirvienta a través del vestíbulo, enorme. espacioso, en el que admiró el techo, sostenido por enormes vigas, casi negras ya por el paso de los años. La decoración era típicamente centroeuropea y en aquellos parajes resultaba encantadoramente absurda, pero sumamente atractiva.

La sirvienta se detuvo ante una puerta y tocó con los nudillos. Luego abrió y dijo:

—Señor, la profesora Sharff desea hablar con usted.

—Ah, hágala pasar, Norrie...

Dagmar avanzó unos pasos más y se quedó atónita al ver a un hombre, sentado en una silla de ruedas, y con las piernas cubiertas por una manta a cuadros. Ella calculó que el inválido tenía unos cincuenta años y. si bien se le veía un tórax robusto, con brazos en los que destacaban unas manos delicadas, como de pianista, de la cintura para abajo, supuso, debía de ser una piltrafa humana.

Los ojos de Ryan eran muy claros, de mirada penetrante. El pelo era rojizo, áspero, aunque ya clareaba en las sienes. Usaba lentes sin montura para leer y en las manos tenía un libro que parecía bastante antiguo.

—Estoy viendo que se ha sorprendido de verme en esta situación, profesora —dijo Ryan—. ¿No se lo habían dicho en el pueblo?

—Lamento su infortunio, señor Ryan —repuso la muchacha—. En

efecto, nadie me había comunicado ninguna noticia acerca de su estado físico. Créame que lo siento...

Ryan hizo un benigno ademán con una mano.

—Por favor, siéntese, profesora —invitó—. La señora Benham nos traerá ahora un poco de café, si acepta esta pequeña muestra de mi hospitalidad. Luego me explicará usted los motivos de su visita. ¿Norrie?

—Sí, señor, al momento —contestó la sirvienta.

Dagmar tomó una silla y se sentó cerca del dueño de la casa.

—Señor Ryan, en primer lugar, querría decirle algunas palabras acerca de mi acompañante, el señor Black...

* * *

Black fumaba pensativamente en el exterior, con las riendas de los caballos en las manos, cuando, de pronto, oyó el ruido de la puerta al abrirse. El rostro de la señora Benham se hizo visible en el umbral.

—Pase usted —dijo secamente.

—¿Cómo...?

—Lo ha ordenado el señor —respondió Norrie.

—Gracias. Espere a que ate los caballos, por favor.

Había una ventana en las inmediaciones, protegida por una reja de hierro, y sujetó allí las riendas de los dos animales. Luego se acercó a la puerta.

—Le pido mil perdones, señora —sonrió.

Norrie no dijo nada, limitándose a echarse a un lado. Luego caminó delante del joven hasta el salón en que se hallaba el dueño de la casa.

Ryan contempló durante unos instantes al hombre alto y robusto que acababa de entrar en la estancia.

—¡Qué envidia le tengo! —suspiró—. Veinte años menos que yo. fuerte, seguramente con una salud a prueba de bombas y con las piernas en perfecto estado. Siéntese, ¿quiere, señor Black?

—Puede llamarme Ned, simplemente —contestó el joven—. Celebro conocerle, señor Ryan, aunque lamente profundamente su desgracia. Sin embargo, nadie me había informado de su situación en el pueblo.

—Realmente, no hace mucho que ocurrió, apenas seis meses, y en ese tiempo, no he tenido prácticamente contacto con las gentes de Lubbow —contestó Ryan—. Vine aquí para reponer mi salud y lo único que conseguí fue una silla de ruedas.

—Lo siento —dijo Black.

—La profesora le servirá una taza de té, Ned —sonrió Ryan—. Le ruego disculpe a mi sirvienta; ciertos sentimientos racistas son difíciles de extirpar de las mentes de algunas personas.

—Comprendo. No se preocupe, señor, y muchas gracias por haberme permitido entrar en su casa.

—Tenía que hacerlo. A fin de cuentas es usted un miembro de la tribu a la que pertenecieron estos terrenos durante tiempo inmemorial —contestó Ryan.

—Pero yo no vivo en la reserva, señor. Tengo mi empleo en California.

Ryan alzó las cejas.

—¿No vive en la reserva?

—No, señor, aunque debo admitir que nací en Lubbow y vengo todos los años durante mis vacaciones e incluso, cuando me es posible, también algún pequeño periodo de tiempo. En realidad, falto de la comarca desde que fui a la escuela secundaria.

—Tiene sus raíces aquí —dijo Ryan pensativamente—. A mí también me gustaría tener algún sitio que me permitiera hacer una cosa semejante. En fin. eso son problemas personales que no tienen importancia. Sin duda está enterado de que la profesora ha venido a investigar sobre su antepasado, el barón von Scharffeln.

—Es cierto y yo estoy aquí solamente para acompañarla, señor Ryan. Lo que ella tenga que hacer a partir de ahora, es cosa suya.

Ryan se volvió hacia la joven.

—Por supuesto, tiene mi permiso para venir aquí a la hora que más le acomode y revolver la biblioteca desde el techo hasta el suelo —dijo sonriendo—. Y si quiere ir a visitar la tumba del barón, también, en cualquier momento, sin restricciones de ninguna clase.

—¿Ha estado usted allí alguna vez? —preguntó la muchacha.

—Si, una, y no creo que vaya a volver... —Ryan sonrió forzadamente—. Bueno, ahora mis piernas no me lo permitirían; sólo quería decir que es un lugar que no me agrada demasiado.

—Comprendo. Si le parece, señor Ryan, empezaré mañana, a partir de las nueve de la mañana.

—Venga usted a su conveniencia y no se prive de nada que podamos hacer en su favor, profesora —contestó el inválido.

Dagmar se puso en pie.

—Es usted muy amable, señor Ryan —dijo, al estrecharle la mano.

Black tendió la suya hacia el inválido.

—Claro, hombre —accedió Ryan, sonriendo.

—La casa... ¿es suya o sólo la tiene alquilada?

—De momento, la tengo alquilada, en espera de que aparezca el dueño.

Las cejas del joven se arquearon.

—¡Cómo! ¿No conoce al dueño?

—No, y tampoco el agente que me proporcionó la ocasión de venir aquí. A decir verdad, si se ocupa de la casa es porque ya lo hacia su padre en tiempos, no porque le interese demasiado una propiedad de escaso valor, que no le rinde prácticamente ningún beneficio.

—Resulta extraño que no se sepa quién es el propietario de la casa —dijo Dagmar.

—Y de las tierras que la rodean, incluyendo Red Ridge —contestó Ryan—, En fin, el agente me fijó una renta, que yo abono puntualmente, y así me evito problemas con el propietario, si es que aparece algún día.

No queremos molestarle más —sonrió la muchacha—. Gracias por todo nuevamente, señor Ryan.

—He tenido mucho placer en conocerles —declaró el inválido.

Norrie estaba en el vestíbulo y les dirigió una mirada sin

expresión. No pronunció tampoco una palabra al abrir la puerta. Los dos jóvenes salieron y. momentos más tarde, partían a lomos de sus respectivas monturas.

Dagmar tardó en hablar durante unos minutos. Cuando rompió su silencio hizo una pregunta:

—Ned, ¿qué le ha parecido Ryan?

—Un hombre valeroso, resignado a su suerte, pero no encolerizado con su mala salud. Y muy amable.

—Sí, lo mismo pienso yo. Pero también pienso que es muy curioso que no se sepa cuál es el dueño de Mount House y de Red Ridge.

—Eso tendría que preguntárselo al agente que alquiló la propiedad —dijo él.

—Por el momento, no me interesa. Mañana mismo empezaré a trabajar... Usted seguirá disfrutando de sus vacaciones.

—A eso vine sonrió él.

—Un día me gustaría visitar Red Ridge y conocer la tumba donde reposa mi antepasado. ¿Querría acompañarme, Ned?

—¿A caballo?

—¿Por qué no?

—Avíseme cuando piense ir y tendré todo listo —contestó él—. Y ahora, por favor, dígame una cosa: ¿Qué piensa usted de la leyenda que existe sobre el barón?

—Hay un noventa por ciento de leyenda y un diez por ciento de realidad. Pero ese diez por ciento contiene cosas terribles, según creo. Podré darle más detalles, cuando haya examinado algunos de los documentos que hay en la biblioteca.

—Sin embargo —continuó la muchacha—, puedo decirle que el barón vino aquí. huyendo de Alemania, en donde corría el riesgo de ser quemado como brujo, debido a ciertas prácticas que, seguramente, eran experimentos químicos. Y ello sin contar con la intolerancia religiosa de ciertos sectores influyentes. Primero pasó a Inglaterra, donde permaneció algunos años, pero también allí se procuró enemigos y por ello emigró a lo que ahora son Estados Unidos.

—Y vino a establecerse en esta comarca.

—Si. En los primeros tiempos, incluso, hizo grandes amistades con los indios de la región. Luego se enemistó con ellos, aunque la hostilidad no llegó al punto de producir derrama miento de sangre. Parece que sus trabajos científicos, o fantásticos, según se mire, impresionaban muchísimo a los pies negros de la región. Sin embargo, usted debe de saber también muchas cosas acerca de mi antepasado.

—Lo que yo sé son historias que me contaron en la tribu y

fantasías que se relatan en el pueblo. Pero me interesará conocer lo que averigüen otras personas venidas de fuera. Como usted, claro.

—Haré lo que pueda. Ned —sonrió Dagmar.

—Le deseo mucha suerte y espero que un día pueda comunicarme ha recibido su titulo de doctora —deseó Black.

CAPITULO V

Estaba agachado, contemplando algo que había en el suelo cuando, de pronto, oyó el ruido de un motor. Alzó la cabeza y vio un jeep que se detenía a poca distancia.

Dan Coslar se apeó, se ajustó el cinturón de los pantalones y caminó hacia el joven.

—Perdona que te distraiga, pero me dijeron que estabas aquí, Ned —manifestó el representante de la ley—. ¿Sucede algo de particular?

—Estoy siguiendo el rastro de un oso —explicó Black—. Tiene una espina clavada en la pata derecha trasera y deseo alcanzarlo, para quitársela. En estos momentos, debe de tener un humor de todos los diablos y puede resultar peligroso si se encuentra con alguien.

—Ned, yo he vivido aquí toda mi vida y aún no consigo entender cómo eres capaz de saber tantas cosas, con una sola mirada al suelo. ¿Cómo sabes que ese oso...?

El joven sonrió.

—A usted, su abuelo puede que le enseñara a cazar con escopeta y pescar con caña y anzuelo. El mío me enseñó muchas cosas más. prácticamente, todo lo que puede saber un indio, excepto arrancar cabelleras de hombres blancos. Pero usted está en un apuro. Dan. ¿Por qué no me lo cuenta?

Coslar suspiró y se sentó en un tronco cercano. Luego sacó su pipa y empezó a cargarla.

—Me inquieta la muerte del pobre Wessig —declaró—. Mejor dicho, me preocupa profundamente.

—¿Qué dice el doctor Rainer?

—Nada que no podamos imaginarnos. El fuego obró con los efectos de hoja muy afilada. No cortó la carne, pero destruyó los tejidos en menos de un secundo. El médico dice que la temperatura debía de ser altísima, muy superior a la e un chorro de petróleo ardiendo.

—Lo cual señala la intervención de alguna sustancia química mucho más potente térmicamente que el petróleo.

—Así es, pero el doctor Rainer, como puedes imaginarte, carece de medios técnicos.

—Podría enviar una muestra de los tejidos quemados a la capital del Estado —sugirió el joven—. Allí tienen magníficos laboratorios...

—Ned, el doctor Rainer dice que tú, quizás... El tiene un microscopio y elementos para un análisis primario...

—Dan, yo no soy un biólogo; usted deberla saberlo ya.

—Sí, pero investigas en otras ramas de la ciencia que, quizá...

Black no dijo nada. Preocupado con sus problemas, el comisario

apenas si se dio cuenta de que el joven empezaba a moverse hacia él. Repentinamente, Black saltó hacia adelante.

Coslar se sobresaltó. Oyó ruidos a sus espaldas y luego captó el sonoro gruñido de protesta de un oso.

Inmediatamente, se puso en pie, a la vez que echaba mano a su revólver. Al dar la vuelta, presenció una escena increíble.

El plantígrado estaba caído en el suelo. Coslar se percató de que el joven lo había derribado de un tremendo empellón. Estaba arrodillado sobre su vientre y tenía la mano izquierda bajo la mandíbula del animal.

Así apartaba su temible boca de sus piernas. Con la mano derecha, tanteó en una de las patas del oso. De pronto, dio un tirón y se levantó de un salto, apartándose presurosamente de la fiera.

El oso se incorporó. Sorprendentemente, no intentó atacar al joven y se limitó a emitir un sonoro gruñido. Luego dio media vuelta y se internó en el bosque.

Sonriendo satisfecho. Dan enseñó la espina que había sacado de la pata del oso.

—Ahora se sentirá mucho mejor y perderá el mal humor, lo que indica seguridad para los viandantes —dijo.

—Esa espina estaría marcada en el suelo...

—No. La pata derecha apenas si se marcaba, porque prácticamente no tocaba el suelo al andar. Un oso sólo camina en esas condiciones si tiene algo que 1c hace daño en la extremidad. —Dan se frotó las manos en las pantalones y movió la cabeza—. Dígale al doctor Rainer que iré más tarde a verle — añadió.

—Gracias —contestó Coslar—. No sabes qué aliviado me, siento...

—Dan, ¿qué opina usted?

Coslar desvió la cabeza.

—Me gustaría creer que sucedió algo extraño, pero no sobrenatural.

—¿Piensa que lo hizo el hombre que yace en la tumba de Red Ridge? —preguntó el joven.

—Y si no fue él, ¿quién lo hizo?

—¿Qué pasó con las ovejas del pobre Wessig? ¿Las vio usted después de muertas?

—Si, y podría jurar que no fueron atacadas por ninguna alimaña. No hay lobos en esta época del año...

—¿Qué hicieron con los cadáveres?

Coslar lanzó una maldición.

—No me gusta hablar mal de los muertos, pero Wessig era un tacaño y vendió la carne —respondió—. A fin de cuentas, los animales no habían muerto de ninguna enfermedad y estaban perfectamente sanos. Yo mismo le compré un par de piernas...

—¿Qué fue de las pieles?

—No lo sé. Se lo preguntaré a su viuda.

Procure conseguirme una. Nos veremos luego en casa del doctor Rainer. Dan.

—Está bien, muchacho.

Black sonrió. Las aguas del río cabrilleaban a poca distancia, devolviendo la luz del sol multiplicada en millares de chispitas doradas. El joven empezó a desabotonarse la camisa.

—Me ha costado casi toda la mañana seguir el rastro del oso —dijo—. Voy a darme un baño, Dan. ¿Me acompaña usted?

—¡Brrrr...! —se estremeció el comisario.

* * *

Black vio detenerse el coche frente al hotel y se acercó a saludar a la conductora.

—¿Cómo van las investigaciones, Dagmar? —preguntó sonriendo.

—No puedo quejarme. En dos días he adelantado muchísimo, Ned —respondió la joven.

—Lo celebro infinito.

—He encontrado un documento... Pero me gustaría explicárselo

mejor de una forma práctica.
—No hay inconveniente, Dagmar. ¿Cuándo me hará esa demostración?
—Mañana, si me acompaña usted a Red Ridge. ¿Tiene algún compromiso?
—Ninguno. ¿Caballos?
—Sí. por favor. Oiga, usted tenía razón; su prima me dejó como nueva, después de la cabalgada del otro día...
Black se echó a reír.
—La medicina india sigue siendo tan efectiva en determinados casos como la de los premios Nobel —contestó.
—No me cabe la menor duda —repuso ella—. Le dejo elegir la hora para ir a Red Ridge, Ned.
—Después del desayuno.
—Estupendo —aceptó ella, a la vez que se apeaba del coche.
Coslar se acercó en aquel momento.
—Dan, el doctor Rainer está a punto de llegar a su casa —informó.
—Bien, vamos allá. ¿Me dispensa, verdad, Dagmar?
—¿Sucede algo? —preguntó la joven, intrigada.
—El doctor tiene un microscopio y quiere que yo lo vea —repuso Black.
Ella le miró suspicazmente.
—No quise ser indiscreta —se disculpó.
—A decir verdad, no tiene importancia. Sólo voy a examinar parte de los tejidos quemados por aquel extraño rayo de fuego. El doctor dice que la temperatura de esa llama era muy superior a la del petróleo ardiendo.
—¿Y usted entiende...? —dijo Dagmar, sorprendida.
—Un poco. Nos veremos a la hora de cenar —se despidió él.
Black subió al jeep del comisario, que arrancó en el acto. Dagmar los contempló desde la escalera que permitía el acceso a la veranda del hotel. «Un hombre realmente atractivo... y lleno de sorpresas. Aún no le he preguntado a qué se dedica. ¿Es biólogo?», pensó.
Entró en el hotel. Necesitaba un baño.
Coslar detuvo el coche minutos después, frente a una casa pintada de blanco, rodeada por un jardín muy bien cuidado. Había una valla de madera y empujó la puerta sin más. Luego, seguido por el joven, avanzó hacia la puerta de la casa.
Una mujer de mediana edad salió a recibirles.
—Hola, Meg. ¿Está tu marido en casa?
—Volverá muy pronto —contestó la señora Rainer—. ¿Qué tal. Ned?
—Celebro verla —sonrió el joven.
—Tienes un aspecto magnifico. ¿Cuándo te casas?

—Soy un hombre indeciso, señora Rainer —contestó Black jovialmente.

—Si, tienes tantas donde elegir, que no acabas de decidirte nunca —rió la esposa del médico—. Bien, lo mejor será que pasen a su gabinete y le esperen allí. Llevaré un poco de café en seguida.

—Gracias, Meg —dijo Coslar.

La señora Rainer les hizo entrar en la casa y les acompañó hasta la puerta del consultorio. Abrió y se echó a un lado.

—Pasen, por favor.

Coslar se quedó parado. Black frunció el ceño.

—¿Qué ha pasado aquí, señora Rainer? —preguntó el joven.

Meg se volvió e, inmediatamente, lanzó un chillido de espanto.

La estancia se hallaba absolutamente desordenada. Había libros y papeles por todas panes y los cajones de la mesa y del archivador aparecían abiertos y algunos incluso, en el suelo, con su contenido esparcido de una forma increíblemente devastadora.

Sin embargo, lo que más llamó la atención de Black fue el frigorífico que había en un rincón de la estancia y que aparecía abierto de par en par. Inmediatamente, supo qué había venido a buscar el desconocido que había asaltado la casa del médico, sin que su esposa se enterase siquiera.

* * *

Black se sirvió un enorme filete y puso encima un poco de salsa. Luego añadió un buen puñado de patatas fritas.

—El asaltante se llevó las muestras de tejido quemado del cuello de Wessig —explicó.

—¿Por qué? —preguntó Dagmar, muy intrigada.

—Está bien claro. Se dio cuenta de que iban a efectuarse determinados análisis y decidió destruir esas muestras.

—Tendría algún motivo, imagino.

—Lo tenía —confirmó Black—. El doctor Rainer estaba seguro de que había una sustancia química, con un índice térmico mucho más elevado que el de petróleo inflamado, que fue lo que, en realidad, causó la muerte de Wessig.

—Destruyendo esas muestras de tejido, eludía los análisis y el descubrimiento de esa sustancia química.

—Exactamente.

—Ned, ¿es usted biólogo?

—No, ni siquiera químico. Trabajo como asistente del profesor Hartley, en Caltech. Simplemente, soy licenciado en Ciencias Físicas,

pero el doctor Rainer quería conocer mi opinión antes de enviar una muestra de los tejidos al laboratorio del Estado.

—¡Caltech! —repitió ella, atónita—. Ahí no entra cualquiera...

—Bueno, en realidad, hago poco más que barrer los laboratorios —sonrió el joven.

—No sea modesto —le reprendió Dagmar—. Usted hace algo más que barrer laboratorios en la Universidad Tecnológica de California.

—Discutiremos eso en otra ocasión, ¿no le parece?

—Como quiera. Dígame una cosa. Ned: ¿cómo no se enteró la señora Rainer de que estaban saqueando el consultorio de su marido?

—Había salido a visitar a una vecina. La casa estaba sola. Tenían un perro, pero se les murió hace tres meses. Ella quiere un caniche. El doctor prefiere un collie.

—Y no se han puesto aún de acuerdo en la elección —sonrió Dagmar.

—Están esperando sendos cachorros de caniche y collie —contestó él—. Llegaron a un acuerdo la semana pasada... Pero estamos desviando la conversación.

—Sí. ¿Qué piensan hacer ahora?

—Wessig, cualidades aparte, era un tacaño y vendió la carne de las ovejas. El mismo Coslar compró un par de piernas. No habían muerto de enfermedad y cuando Coslar las encontró, apenas si hacía cuatro o cinco horas que se había producido el ataque de alimaña que las mató. Ahora estoy aguardando a que Coslar me localice una de las tres pieles.

—Comprendo. Así podrá saber qué clase de fiera mató a los animales.

—Sí, es cierto.

—Pero eso no nos dirá qué sustancia fue la que abrazó el cuello de Wessig.

Black pinchó un par de patatas con el tenedor y lo levantó en alto.

—Dagmar, no querría estropearle la cena —dijo.

—Tengo un estómago muy estable —sonrió ella—. Hable sin temor.

—He aconsejado a Coslar que hable con la viuda de Wesaig, para que conceda su autorización. En tal caso, el juez firmará la orden de exhumación sin el menor impedimento.

—Entiendo. Así obtendrán nuevas muestras de tejidos.

—Justamente.

—Es una buena idea. ¿Lo harán mañana?

—Eso esperamos. Pero tendremos tiempo de sobra para ir y venir de Red Ridge...

Un agudo grito que sonaba repentinamente en el exterior interrumpió al joven:

—¡Fuego, fuego!

Black volvió instintivamente la vista hacia la ventana junto a la cual se hallaban sentados. A lo lejos, en la oscuridad de la noche, divisó un resplandor rojizo.

Bruscamente, lanzó una exclamación de asombro:

—¡Dios, no puede ser...!

—¿Qué pasa, Ned? —preguntó la joven, vivamente sorprendida.

Black se puso en pie de un salto.
—¡El fuego es en el cementerio! —dijo.

CAPITULO VI

Cuando llegaron al cementerio, vieron a un grupo de personas que se afanaban en arrojar chorros de agua sobre algo que ardía con gran furia, a la vez que desprendía un horrible hedor a carne quemada. Black no pudo contener una maldición.

—No echen agua, es inútil. El petróleo flotará y continuará ardiendo.

A través de las llamas, podía verse un bulto negro, de forma apenas reconocible. Un coche llegó en aquel momento. con estridente alarido de su sirena y el conductor se apeó, con un cilindro en las manos.

—¡Vamos, fuera, apártense! —ordenó Coslar.

El chorro de espuma cayó sobre las llamas, que se extinguieron minutos más tarde. Black pudo apreciar el horrible estado en que había quedado el cadáver de Wessig.

—Dan, procure hablar con el primero que vio el fuego —aconsejó.

—Sí, desde luego —contestó el comisario.

Black se acercó al cuerpo, completamente carbonizado. Estaba en su tumba y yacía en el interior del ataúd, forrado de plomo. No encontrarían nada que les sirviera para sus investigaciones, reconoció amargamente a los pocos momentos.

Incorporándose, se limpió maquinalmente el polvo de las rodilleras. Luego regresó junto a la muchacha.

—No sacaron el cadáver del ataúd. Simplemente quitaron la tapa y lanzaron dentro de lo que era un recipiente muy apropiado veinte o treinta litros de petróleo. El fuego, por tanto, ha borrado rastros comprometedores.

—Entonces, no habrá análisis.

—No.

—Eso quiere decir que el asesino no confía demasiado en sus poderes sobrenaturales.

—¿Acaso pensó alguna vez que lo había hecho el hombre que yace en Red Ridge?

—En Lubbow lo creen muchos —dijo Dagmar.

—Si, por desgracia, así es —convino el joven.

Coslar llegó en aquel momento.

—He hablado con el primero que vio el fuego. Estaba a punto de llegar a su casa para la cena, cuando vio luz en el cementerio.

—Las llamas, claro —dijo Black.

—Primero le pareció una linterna. Pero el incendio se produjo casi inmediatamente. De todas formas, no pudo ver nada más; hay casi mil quinientos metros hasta su casa, que está en el pueblo. Cuando

lanzó el primer grito de aviso, veinte litros de petróleo ardían en pompa, envolviendo por completo los restos del pobre Wessig. El autor del incendio lo hizo con un propósito bien definido.

—Si, resulta fácil de imaginar —convino Black—. Además, era la hora más apropiada; Lubbow es un pueblo donde la gente tiene unas costumbres inmutables y todo el mundo estaba en sus casas para la cena.

De pronto. Coslar hizo un gesto con la mano.

—Ned, me gustaría hablar contigo a solas —dijo.

—Claro. Dan. Discúlpenos. Dagmar.

Los dos hombres se separaron unos pasos. Dagmar vio que Black escuchaba al comisario y que asentía a sus palabras. A los pocos momentos. Black regresó sonriendo junto a ella.

—Dan es un hombre que, a veces, se toma su papel demasiado en serio —explicó—. Lo siento, pero tendremos que posponer la excursión a Red Ridge para otro día.

—¿Por qué, Ned?

—El comisario cree que el autor del incendio dejó algún rastro. Quiere que lo encuentre, pero tendrá que ser de día, cuando haya luz suficiente para captar los menores detalles.

—¿Cree que ese ser misterioso habrá dejado rastros visibles?

—Sea lo que sea, hay algo fuera de toda duda: es un ser de carne y hueso, y no llegó ni se fue volando —contestó Black rotundamente.

* * *

De cuando en cuando, se apeaba del pinto y, agachándose, examinaba con gran atención las marcas del suelo. Coslar, en un pacifico alazán, resoplaba casi continuamente, a causa de la falta de hábito en montar a caballo.

—Cuando vuelva al pueblo, tendré los huesos molidos y mi mujer los pondrá como calcio en el pienso de las gallinas —se quejó.

Black contuvo una sonrisa. Estaba acuclillado, pascando los dedos sobre la hierba del suelo. Al cabo de unos momentos, se incorporó.

—Ya no hay duda —dijo—. El rastro se dirige en derechura a Red Ridge.

—Es decir, huyó a pie.

—Exactamente.

—Entonces... lo hizo él.

Black captó la nota de terror que había en la voz del comisario.

—Dan, sea hombre de esta época —le reprochó—. El hecho de

que el incendiario, y probablemente también, asesino de Wessig, haya escapado en esta dirección, no significa que fuese a volver a la tumba del barón.

Coslar se santiguó.

—No estaría tan seguro de lo contrario, Ned —contestó—. Bien sabe Dios que no soy supersticioso, pero, a veces, pienso que suceden cosas que no podemos comprender con nuestras limitadas mentes.

—En tal caso, ¿por qué tratar de ocultar pruebas? —dijo Black, a la vez que montaba en el pinto—. ¿Por qué utilizar gasolina común y corriente?

—¿Era gasolina de veras?

—No hay duda alguna. Es más, el asesino la tenía ya preparada.

—¿Cómo lo sabes?

—Tuvo que ser así. La mujer de Wessig pensaba poner una lápida de piedra. La tumba estaba cubierta solamente por unas tablas, sobre las que se había puesto una delgada capa de tierra. Destapar el ataúd no resultó difícil ni costoso en tiempo. Y la gasolina llegó al cementerio en coche.

—¿Y después?

—El asesino lo hizo la víspera. Vino a pie y se marchó a pie, veinticuatro horas más tarde de haber dejado la lata de veinte litros en algún lugar donde no fuera visible. Luego, ya vacía y tras prender, fuego al combustible, se la llevó y la habrá escondido en alguna parte.

—¿No hay rastros del automóvil?

—Se detuvo en la carretera, al pie del cementerio. Las pocas huellas que dejó la víspera coinciden con las actuales. Es más, se nota claramente que. a la ida, llevaba el peso correspondiente a veinte litros de gasolina.

—Unos dieciséis kilos —calculó Coslar.

—Sí, aproximadamente. Si hubiese quemado el cadáver entonces, alguien podría haber visto el coche y sospechado algo. Así, suponiendo que alguien lo hubiese visto, al no haberse producido todavía el incendio, no recelaba de un coche que se movía con toda normalidad.

—De Red Ridge al cementerio hay unos seis kilómetros...

—Nada de particular para un hombre que quiere ocultar los rastros de su crimen — afirmó Black.

El rastro que seguían llevaba indefectiblemente al cerro. Media hora más tarde. Black se apeó en la cumbre.

La tumba era apenas visible entre los abundantes matorrales que crecían allí selváticamente, sin la menor limitación. Black siguió buscando rastros. Momentos después. Coslar le vio detenerse en el

borde del risco, lleno de perplejidad.

—¿Pasa algo, Ned?

—El rastro termina aquí —dijo el joven.

Coslar respingó. Acercándose a Black, miró hacia abajo. Inmediatamente, se retiró.
—No puedo remediarlo —dijo—. Padezco de vértigo.
—Sí, hay ciento cincuenta metros hasta el fondo de la cañada —convino el joven con toda naturalidad.
—Y dices que el asesino llegó hasta aquí...
—El rastro acaba justamente en este mismo lugar. No hay señales de que llegase hasta aquí y se volviera atrás.
Coslar dio un respingo.
—Ned, por el amor de Dios, no irás a decirme que el asesino se marchó volando por los aires —exclamó.
—Llegó hasta aquí, es todo lo que puedo decir. Y con absoluta seguridad. Dan —respondió Black con voz llena de firmeza.
—Tal vez... utilizó una cuerda para descolgarse por el precipicio —apuntó el comisario tímidamente.
—Quizá. Buscaré rastros, porque o bien la ató a alguna parte o utilizó un gancho para sujetarla a algún saliente rocoso. Sin embargo, ¿Qué utilidad tendría bajar por aquí, corriendo el riesgo de despenarse, cuando podría hacerlo por las otras laderas, mucho menos pendientes?
Black no tenía de momento respuesta para aquella pregunta que el mismo había formulado. Poniéndose de rodillas en el suelo, empezó a buscar rastros con todo ahínco, con la máxima minuciosidad, sin dejar pasar por alto un solo centímetro del suelo.
Lo único que encontró, a pocos metros del borde, fueron unas extrañas marcas cuyo origen le resultó incomprensible.
—¿Y si se descalzó y caminó así, después de llegar hasta el borde, marchándose en otra dirección? —sugirió Coslar.
—Habría encontrado alguna huella —dijo Black, seguro de si mismo.
Una racha de viento sopló con fuerza en aquel momento. Coslar arrugó la nariz.
—Huele mal —dijo.
—Algún animal muerto en las inmediaciones —contestó el joven.
Coslar se tendió en el suelo y. arrastrándose, llegó hasta el borde, para mirar hacia abajo.
—Se me ocurre una idea —exclamó.
—¿Sí?
—Tal vez se descolgó con una cuerda, y lo hizo tan bien, que tú no puedes encontrar el rastro. Pero quizá abajo, donde no podemos verla desde este sitio, hay una cueva.
—¿Y después?
—Más cuerdas, Ned.
Black hizo un gesto de duda.
—En tal caso, podríamos contemplar el risco desde el valle —

indicó.
—Tengo unos prismáticos —manifestó el comisario.
Pero todo resultó inútil. Lo único que encontraron fueron unas trampas, en una de las cuales había un zorro muerto.
Black se indignó. Coslar lanzó unas cuantas interjecciones de cólera.
—Sé quiénes han sido —exclamó—. Lo único que deseo es pillarles con las manos en la masa. Te aseguro que de esta hecha, abandonan para siempre su afición por la caza furtiva.
—¿Los conoce, Dan?
—Bill Clayburn y Edgar Fahey, dos perfectos sinvergüenzas, incapaces de ningún trabajo honrado para ganarse la vida. Incluso sospecho que destilan licor clandestinamente, aunque, hasta ahora, no he podido ponerles la mano encima. Pero en cuanto lo consiga, lo van a lamentar mientras vivan.
—Será mejor que regresemos. Dan —propuso el joven—. Aquí ya no podemos conseguir nada más.
—De acuerdo. A propósito, he encontrado una piel de una de las ovejas muertas de Wessig. Te la llevaré a la tarde.
—Mejor será que me pase yo por su oficina —rectificó Black.
Coslar dirigió una aprensiva mirada hacia la tumba, casi completamente oculta por los hierbajos.
—¿Lo haría de veras el que está ahí? —murmuró—. ¿Es cierto que puede entrar y salir a voluntad?
Black prefirió guardar silencio. Las leyendas indias, en ocasiones, le parecían disparatadas, pero los hombres blancos, a veces, creaban otras aún más fantásticas.
«No, el que lo hizo es un ser de carne y hueso, como nosotros», pensó.
Pero, ¿quién era el misterioso asesino? ¿Cómo había logrado abandonar el risco sin dejar el menor rastro?

CAPITULO VII

Desmontaron de los caballos y Black los ató a la rama de un árbol. Luego se acercó a la tumba y arrancó algunos matojos que crecían en las inmediaciones.

Dagmar se acercó a la sepultura y contempló pensativamente la ya oscura losa de granito que cubría la tumba de su antepasado. El paso de los años había puesto una pátina casi negra en el granito de la enorme lápida.

Durante unos momentos, ambos contemplaron la sepultura en silencio. Black miró a la muchacha y la vio mover los labios en un callado bisbiseo. Ella, adivinó, deletreaba la inscripción grabada sobre la piedra:

ULRICH. BARON VON SCHARFFELN.
1599 - 1667
FUE HIJO DEL DIABLO.

—¿Mandaría poner él esa inscripción? —preguntó Black al cabo de unos momentos.

—No —respondió Dagmar Fue el hijo de uno de sus enemigos. Estaba casado con una princesa pies negros y el barón se encaprichó de ella, y la trajo a su casa. El marido vino a buscarla y el barón lo arrojó sin contemplaciones. Un día, el hombre esperó a mi antepasado y le disparó su fusil. La bala se desvió inexplicablemente. Entonces, el barón sacó su espada y lo atravesó de parte a parte. El hijo de la víctima, cuando se hizo mayor, ordenó añadir la inscripción a la losa.

Dagmar se fijó de repente en la extraña forma de hierro que había en la cabecera de la tumba.

—Parece un candelabro de tres brazos —comentó.

—No, no es un candelabro —rectificó Black—. Naturalmente, la tumba del diablo no puede tener una cruz.

—¿Que es, entonces, Ned?

—Los brazos de los candelabros no terminan en punta.

Ella entornó los ojos.

—Parece un... —pero no terminó la frase.

—Exactamente: un tridente. ¿No se representa al diablo, en la iconografía tradicional, con cuernos, rabo de punta de flecha y un tridente en la mano derecha?

—Sí. es cierto.

Black hizo un ademán, señalando el tridente.

—En tal caso, es el remate lógico para una sepultura como ésta — dijo.

—Si, pero mi antepasado no saldrá de ahí.
—¿Por qué iba a salir, Dagmar?
—En el documento que encontré ayer, se mencionan ciertos experimentos que realizaba para conseguir prolongar su existencia más allá de los límites normales, pero no mediante una vida mucho más larga, sino por el procedimiento que hoy se conoce como hibernación o suspensión animada de las funciones vitales.
—El barón se adelantó a su tiempo —sonrió Black.
—Pero, naturalmente, aquellos experimentos, pese al optimismo que se refleja en el documento, no podían tener éxito. Cuando llegó su hora, murió. Si examinásemos el interior de la tumba, sólo encontraríamos algunos huesos o tal vez un montoncito de polvo.
Black movió la mano varias veces, arriba y abajo.
—Que descanse ahí, para siempre —sonrió.
Una ráfaga de viento sopló en aquel momento con cierta fuerza. Dagmar arrugó la nariz.
—Huele mal, Ned.
—Ayer lo notamos también —contestó el joven—. Debe de haber algún animal muerto en las inmediaciones. A veces pasa. Dagmar.
Ella asintió. Luego miró a su alrededor.

—Ned, ¿es cierto que el rastro del asesino terminaba aquí?

—Yo no supe encontrar otro —dijo Black.

Dagmar caminó hasta el borde del risco y se inclinó un poco hacia afuera.

—¡Cuidado! —gritó él, alarmado.

—No se preocupe, no siento vértigo... Eh, ¿qué es eso? —exclamó la joven repentinamente.

Black se acercó a ella y miró hacia abajo.

—Yo no veo nada —manifestó, segundos después.

—Ned, no es por hacerle de menos, pero gracias a Dios disfruto de una magnifica visión. Si no me engaño, lo que estoy viendo a unos doce metros de distancia, oculto por esas matas agarradas a la roca, es un pie humano.

El joven respingó. Arrodillándose junto al borde, apoyó las manos en la roca y alargó el cuello.

—Creo que tiene razón —dijo al cabo—. Nosotros, sin embargo, no supimos verlo ayer.

—Entonces, el olor no procede de alguna bestia muerta. Ned.

Black se levantó de un salto.

—Pronto lo sabremos —exclamó.

Fue hacia los caballos y regresó a poco con dos lazos, que anudó fuertemente por los extremos, a fin de conseguir una cuerda de la longitud apropiada. Luego buscó un asidero resistente y encontró al fin un trozo de roca que sobresalía medio metro del suelo y estaba a unos dos metros del borde.

Probó sucesivamente los nudos y después lanzó la cuerda al vacío.

—Ned, no se arriesgue... —suplicó ella—. Volvamos primero a Lubbow y traeremos mejores medios.

—No pase cuidado —sonrió Black, a la vez que iniciaba el descenso.

El joven alcanzó el saliente rocoso, oculto tanto por las matas que increíblemente habían agarrado en la parea de la piedra, como por otro saliente situado a un par de metros encima. Tanto los arbustos como la losa formada por las fuerzas naturales, impedían la visión del saliente inferior de una manera casi total.

Dagmar aguardó unos minutos. Al fin, respiró aliviada, cuando vio al joven asomar de nuevo por el borde.

—Es un hombre, no cabe duda, pero no tiene ninguna documentación ni tampoco le han dejado encima nada que permita identificar su cadáver. Apenas si le queda cara y tiene muchas más partes del cuerpo devoradas por las aves de rapiña.

Dagmar se estremeció.

—Yo diría, entonces, que fue asesinado y luego puesto ahí, para

que nadie encontrase su cadáver —dijo.

—Salvo una persona con una vista excepcional, que divisó la punta de un pie que asomaba a través de los ramajes —son rió él—. Bien, de todos modos, no me atrevo a mover el cuerpo. Volveremos a Lubbow y le comunicaremos la noticia a Coslar. El resto pertenece a los hombres de la ley.

Dagmar pascó la mirada por los alrededores. Suspiró y dijo:

—Ned, ¿por qué se cometen esos crímenes?

Black hizo un gesto negativo.

—No puedo contestarle, no se me ocurre ninguna idea —dijo—. Tal vez, si conociéramos la identidad de ese pobre hombre, podríamos tener alguna idea de los motivos de su muerte. Pero eso compete a otras personas.

Black desató los caballos y Dagmar montó en el suyo. Inmediatamente, emprendieron el regreso a la ciudad.

Dagmar recordó de pronto algo que había olvidado hasta aquel momento.

—Ned, ¿qué sacó del examen de la piel de oveja que le entregó el comisario? —preguntó.

—No fue una alimaña, aunque se trató de hacer creer que había sido algún lobo. Esos animales murieron a manos de una persona, que trató de imitar las heridas causadas por unas garras.

—Luego Wessig tenía razón.

—En cierto modo, porque acusó a Ryan y éste se halla sujeto a su silla de ruedas.

—Quizá tiene algún cómplice y no es precisamente mi antepasado, que sale de la tumba para cometer nuevas fechorías.

—Ryan, tuvo que ser otro —admitió Dagmar—. Pero, ¿quién?

Black guardó silencio y ella comprendió que el joven callaba, porque no sabía qué responder.

* * *

Los restos del desconocido fueron traídos a Lubbow y el doctor Rainer se aplicó a estudiar el cadáver. Coslar, por su parte, hizo un examen a fondo de las ropas, sin poder encontrar el menor rastro que le permitiese conocer su identidad. Ni siquiera había etiquetas.

El despojo había sido total. Coslar dijo que telegrafiarla a las autoridades del Estado, comunicando el mayor número posible de datos sobre el desconocido. Alguien tendría que haber notado su desaparición y entonces se sabría quién era y por qué había acabado en el risco.

Aquella noche, mientras cenaban, Black formuló una observación.

—Dagmar, hay algo que me tiene muy intrigado —declaró—. Usted es descendiente del hombre que yace en Red Ridge. Mount House y las tierras que la rodean fueron suyas en tiempos. ¿Por qué no le pertenecen a usted ahora?

—No lo sé —respondió la joven—. A decir verdad, nunca me he preocupado de semejante detalle. Tampoco mis padres dijeron jamás nada sobre el particular y, que yo sepa, nunca oí nada a mi abuelo sobre la propiedad de Mount House.

—Convendría averiguarlo, ¿no le parece?

—Mis padres están ahora en Alemania. Podría hablarles por teléfono o enviar un cable...

—Lo primero costaría un ojo de la cara —sonrió él—. El segundo procedimiento resultaría mejor.

—En tal caso, mañana enviaré un cable. Dentro de un par de días puedo tener la respuesta. ¿Le parece bien?

—Magnifico. Avíseme en cuanto reciba la contestación.

—No faltaría más, Ned.

Después de cenar, se separaron. Black pasó al bar, en donde se hallaba Coslar con algunos amigos. Los comentarios giraban constantemente sobre el hallazgo que habían realizado Black y la forastera.

—Para mí, ha tenido que ser el hombre que está en la tumba de Red Ridge —dijo alguien de pronto.

—Sí, claro, el barón se aburre allí, tanto tiempo tumbado en su ataúd, en la oscuridad, y de cuando en cuando, sale a darse una vuelta, para recordar tiempos mejores y no perder el entrenamiento —contestó otro irónicamente.

—Ese hombre era un brujo. Seguramente, tenía conocimientos que no podemos imaginar siquiera. Lo que pasa es que no le gusta que le vean. Entonces, mata a los que tienen la mala suerte de tropezarse con él...

—Cuando murió el pobre Wessig, nadie había ido a molestarle —dijo otro de los presentes—. El vino directamente a matar al pobre Bud, para defender a Ryan. Lo vimos todos y ninguno estábamos

borracho.

Black escuchaba en silencio, ya que no quería intervenir en una conversación que le parecía perfectamente estúpida. Lo que menos tenía ganas era de comentar algo que, presentado deliberadamente bajo la forma de un hecho sobrenatural, tenía una explicación absolutamente lógica. «Lo que pasa es que hay que encontrarla», pensó.

—De todos modos —dijo uno de repente—, a mi no me asusta ese diablo. Si me encuentro con él, le daré una rociada de perdigones benditos con mi escopeta.

Alguien soltó una risita.

—¿Te crees un clérigo, conjurando al diablo para que no haga mal a los buenos cristianos?

—¿Has llevado los cartuchos a la iglesia, para que los bendiga el reverendo Haskill? —preguntó otro.

Coslar alzó severamente la mano derecha.

—Clem Barton, ten cuidado —dijo—. No puedo impedirte que lleves la escopeta para tu protección, pero no me gustaría que cometieses un error, hiriendo a algún inocente, sólo porque te parezca el diablo.

—Descuida, Dan —contestó Morton—. Sólo dije que no tengo miedo al que yace en Red Ridge, si es cierto que se trata de él. Pero os aseguro a todos que no permitiré que me haga lo mismo que hizo al pobre Búa Wessig.

Morton apuró el vaso que tenía delante, se limpió los labios con el dorso de la mano y se encaminó hacia la puerta.

—Bueno, me marcho —dijo—. Mañana tengo que madrugar y no puedo quedarme por más tiempo. Buenas noches a todos.

—Cuidado, Clem —avisó el comisario una vez más.

Coslar se volvió hacia el joven,

—Barton es una excelente persona, pero padece de un genio muy vivo —añadió.

Black hizo un gesto de comprensión.

—Tiene una granja cerca del pueblo, creo.

—A una milla, aproximadamente. Una granja muy bien situada y muy productiva. Pero también es cierto que él trabaja como cuatro, todo hay que decirlo —respondió Coslar.

—A la gente que trabaja no le gusta que pasen cosas raras — dijo el joven.

—Y tienen razón, pero ello no debe impedirles que respeten la ley, Ned.

Fuera del hotel se oyó el ruido de un motor que se ponía en marcha. Black volvió la cabeza. A través de la ventana, pudo divisar la camioneta de Barton.

Era un vehículo de caja descubierta, con una cabina para tres personas como máximo. Black le vio mover la escopeta y dejarla a un lado, apoyada en la portezuela derecha. Luego, los faros se encendieron y el vehículo arrancó con cierta fuerza.

—Dan, cuando le conteste la Policía del Estado, avíseme —rogó.

—Descuida, muchacho —contestó Coslar.

El médico llegó en aquel momento. Vio al comisario y movió la mano para llamar su atención.

—Perdona. Ned —dijo Coslar.

Se acercó al galeno y le miró inquisitivamente.

—¿Algo nuevo, doctor? —preguntó.

—Las aves de rapiña han devorado gran parte de la piel del cadáver, aunque he encontrado rastros de quemadura. Han pasado muchos días desde entonces, pero creo estar en condiciones de afirmar que esas quemaduras fueron producidas por la misma sustancia que abrasó el cuello de Wessig.

Coslar parpadeó, asombrado.

—Entonces, ¿por qué no hemos encontrado la menor, señal de quemadura en las ropas del cadáver?

Rainer se encogió de hombros.

—No tengo la menor idea —contestó—. Sólo sé lo que he podido comprobar con mis propios medios. Lo demás le corresponde a usted, Dan.

—Desde luego, doctor. Gracias por todo.

Coslar regresó junto a Black. El joven adivinó en el acto las preocupaciones que embargaban al representante de la ley.

—Hay señales de quemadura en el cadáver —murmuró Coslar—. El doctor Rainer dice que fueron producidas por la misma sustancia que mató a Wessig.

—¿Y las ropas? —se asombró Black—. Habían pasado muchos días, pero tendrían que notarse las señales del fuego y no era así.

—No lo sé, Ned —contestó el comisario—. Lo que me ha dicho Rainer es todo lo que sé y no conoceremos más detalles hasta saber que dice la Policía del Estado. Pienso que ese sujeto vino a Lubbow

por algún motivo y que alguien tiene que saberlo. Habrán notado su desaparición y lo habrán denunciado a la Policía. Entonces, relacionarán el hallazgo del cadáver con esa desaparición y...

Coslar se interrumpió repentinamente. A unos quinientos metros del pueblo, acababa de sonar un fuerte estampido.

—¡Maldición! —juró el comisario—. ¡La escopeta de Barton!

CAPITULO VIII

La camioneta se ladeó violentamente. Barton lanzó una maldición al darse cuenta de que la rueda delantera derecha había sufrido un pinchazo.

—Lo que me faltaba —masculló.

Renegando entre dientes, se apeó del vehículo, dio la vuelta por delante y contempló la rueda, completamente vacía de aire. De repente, vio algo que llamó su atención.

Inclinándose, recogió el clavo de cuatro puntas que había en el camino. Barton emitió una serie de atroces insultos contra el desvergonzado que había querido gastarle aquella pesa da broma.

Más de uno sabia que a su mujer no le gustaba que fuese al bar a tomar una copa con los amigos. Si volvía a una hora prudente, no pasarla nada, pero como se retrasara un poco, su esposa iba a poner el grito en el ciclo. Alguien había querido divertirse, pensando en los improperios que la señora Barton iba a dirigir a su marido.

—Como lo encuentre, lo despellejaré vivo —se prometió a sí mismo.

—No despellejarás a nadie —sonó de pronto una voz a corta distancia.

Barton se volvió. Sus ojos se fijaron en la elevada silueta negra que había aparecido repentinamente a poca distancia.

—¡El diablo! —exclamó.

—No. sólo soy el que yace en Red Ridge —contestó el desconocido—. Barton, has dicho que no me temes. Es una fanfarronada estúpida.

Barton retrocedió un paso. Su espalda chocó contra el guardabarros delantero.

Lentamente, alargó la mano hacia la manija de la portezuela. Tenía allí la escopeta y. si conseguía alcanzarla...

El desconocido movió la mano derecha. Un silbante chorro de fuego partió hacia la garganta de Barton.

Se oyó un horrible alarido. Barton llevó ambas manos al lugar afectado por la llamarada, mientras se tambaleaba espantosamente.

Un segundo lanzazo de fuego le alcanzó de lleno en el rostro. Tenía la boca abierta y las llamas penetraron hasta el fondo de sus pulmones. Barton se desplomó, pateando convulsivamente.

Aun así, sobrevivía.

Era un hombre de una vitalidad extraordinaria. Haciendo un supremo esfuerzo, consiguió abrir la portezuela.

La escopeta cayó al suelo a través del hueco. Ciego, sumido en un dolor infinito, Barton tanteó con las manos y buscó los gatillos, una

última convulsión crispó sus dedos y el arma se disparó inofensivamente.

Unos cuantos perdigones atravesaron las paredes del tanque de combustible. La gasolina empezó a derramarse por el suelo.

Una llama de pequeñas dimensiones trazó una roja parábola en la oscuridad de la noche. Al caer sobre la gasolina, ésta se inflamó con brutal llamarada.

Momentos después, el depósito estallaba con sonoro estampido. El cuerpo inanimado de Barton quedó inmediatamente envuelto por las llamas.

Coslar. Black y alguno más, llegaron minutos después, en el jeep del comisario. Coslar saltó al suelo, armado con un extintor de incendios, pero muy pronto se dio cuenta de que todos sus esfuerzos iban a resultar inútiles.

La claridad del incendio permitía ver el cuerpo ennegrecido que yacía en el suelo, al pie de la furgoneta, que ardía en pompa. Coslar se volvió hacia el joven. Sus facciones estaban contraídas por la cólera.

—Fue un maldito estúpido —dijo—. Tuvo un pinchazo, se apeó, vio algo que le pareció un fantasma *y* la emprendió a tiros, sin pensar siquiera en la dirección de sus disparos. Reventó el tanque y el fogonazo del disparo...

Black meneó la cabeza dubitativamente:

—Es posible que lo del pinchazo sea cierto, pero quizá vio algo que no era precisamente una alucinación —dijo.

—¿Cómo puedes saberlo. Ned? —se asombró el comisario. Black levantó la mano derecha y enseñó algo que había encontrado en el suelo.

—El pinchazo, en todo caso, fue intencionado —declaró.

* * *

—Sería conveniente que apagásemos el fuego —dijo Bill Clayburn —. Ya tenemos una veintena de litros y creo que no conviene tentar más a la suerte, al menos por esta noche.

—Sí, tienes razón —convino Edgar Fahey —. Apagaremos el fuego, dejaremos que se enfríe el alambique y lo esconde remos en el lugar de costumbre.

—Mañana vendremos a buscar el licor. Alguien nos lo pagará bien. El domingo, quizá, vengan forasteros a pescar. —Clayburn se echó a reír—. Les gusta el aguardiente casero —añadió.

—Con tal de que el comisario no nos descubra... —Fahey lanzó un juramento—. Tengo unas ganas locas de que se marche ese maldito indio que viene aquí a pasar sus vacaciones. No podemos poner

trampas; las descubre en seguida y las destruye...

—¿Y si le diéramos un buen susto?

—¿Qué clase de susto, Bill?

—Bueno, espantarle el caballo, por ejemplo. Podría caerse y romperse un remo. Así tendría que estar una temporada en la cama...

Fahey hizo un gesto negativo.

—También podría desnucarse y entonces nos acusarían de homicidio intencionado. Ned tiene buenas relaciones; lo pasaríamos muy mal. Y, aunque no me gusta su comportamiento con nosotros, le tengo bastante aprecio. No puedo olvidar que hace dos años, salvó a mi chico de morir ahogado en el remanso de Wolfhead. Mira, Bill, limitémonos a lo que hacemos, que no nos va mal, ¿comprendes?

—Está bien —rezongó Clayburn—. Pero si ese maldito indio se rompiese una pata...

—No es indio completo. Tiene tres cuartos de sangre blanca. Además, muchos blancos son infinitamente peores que él.

—Vaya, si sigues así, acabarás poniéndote de su lado...

—No seas estúpido —masculló Fahey —. Digo solamente lo que pienso. A mi, tanto como a ti, me fastidia cuando veo una trampa destrozada y sé que lo ha hecho Ned Black. Por eso prefiero esperar a que acabe sus vacaciones. No le causaría el menor daño por todo el oro del mundo y tú, Bill Clayburn, si tienes dos dedos de frente, harás lo mismo. La caza furtiva, la destilación ilegal, son delitos menores y las penas son muy leves, si te atrapan. Pero herir o matar a una persona, ya es otra cosa y no tengo ganas de verme entre rejas durante un montón de años. ¿Te has enterado?

Clayburn hizo un gesto burlón.

—Buen defensor le ha salido al indio —comentó irónicamente.

—Bill, somos amigos de toda la vida, pero si le hicieras el menor daño, creo que te... En fin, dejemos esto y apliquémonos a lo nuestro. Vamos a apagar al fuego. Luego esperaremos a que se enfríe el alambique para esconderlo. Después, nos marcharemos a casa. ¿Entendido?

El otro asintió. Fue al arroyo, llenó un cubo de agua y lo arrojó sobre las llamas. El vapor siseó inmediatamente.

Fahey empezó a lanzar tierra sobre las brasas con una pequeña pala. Clayburn volvió al arroyo, pero, cuando se disponía a llenar el cubo por segunda vez, oyó un extraño sonido por encima de su cabeza.

Levantó la vista. El terror se apoderó de su ánimo inmediatamente.

Algo parecido a un murciélago gigantesco, de enormes alas, descendía de las alturas hacia él, sin hacer el menor ruido, salvo un ligero silbido, producido por el aire desplazado por aquellas alas descomunales. Clayburn quiso avisar a su compinche, pero el

espanto había pegado su lengua al paladar y sólo pudo emitir un ronco grito.

Fahey empezó a volver la cabeza. En el mismo instante, las patas del gigantesco pájaro golpeaban el pecho de Clayburn, derribándolo al suelo.

Clayburn lanzó un chillido de terror. Intentó levantarse, pero, en el mismo instante, el pájaro emitió un chorro de fuego que te alcanzó de lleno en la garganta.

Fahey se aterró, Perdió la cabeza y sólo pensó en salvarse. Dio media vuelta y emprendió la huida a toda velocidad. Tropezó un par de veces, se cayó, volvió a levantarse y, dejándose jirones de ropa y hasta de piel en las zarzas que encontraba en su camino, escapó de aquel lugar y de la horrible aparición que había matado a su socio.

Porque, no le cabía la menor duda, aquel pájaro que vomitaba fuego, había causado la muerte de Bill Clayburn.

* * *

Terminaba apenas de vestirse, cuando sintió que llamaban a la puerta de su habitación. Al abrir, divisó a Coslar en el umbral.

—Ven conmigo. Ned —pidió el comisario—. Ha ocurrido algo muy extraño.

—Sí, ahora mismo, Dan.

Black agarró la cazadora y salió detrás de Coslar. Momentos después, entraban en la oficina del comisario.

Coslar le condujo hasta una celda, donde había un hombre tendido sobre un camastro, que temblaba convulsivamente, como si fuese presa de un ataque de alguna enfermedad desconocida. Black apreció de inmediato las ropas desgarradas y las señales de arañazos que había en muchas panes del cuerpo del individuo, a quien reconoció inmediatamente.

—¡Ed Fahey! —exclamó—. ¿Qué diablos le ha pasado, Dan?

—Será mejor que te lo cuente él —respondió Coslar—. Para mí, es una historia absurda, producto del delirio que le causó una dosis excesiva del licor que ellos mismos fabrican.

—¡No! —chilló Fahey, con los puños crispados sobre la manca que lo cubría—. Les juro que es cierto... Admito que Bill y yo estábamos destilando licor, pero no habíamos probado una sola gota... El alambique estaba todavía muy caliente...

—Está bien, cálmate. Ed —rogó el joven—. Anda, cuenta lo que pasó y no olvides ningún detalle.

—Es que no sé si me creerás... El comisario piensa que estoy borracho todavía... Dice que el alcohol me causó alucinaciones...

—Bueno, aunque fuese cierto, repite tu historia. Vamos. Ed, por favor.

—E... estábamos terminando... Ya habíamos apagado el fuego... Algo bajó de las alturas... Era un murciélago enorme, de alas muy negras... No hacía apenas ruido... Cuando nos dimos cuenta, ya estaba encima de nosotros, bueno, sobre Bill... Lo derribó al suelo y luego le arrojó un chorro de llamas que lo abrasaron en el acto... Yo escapé a la carrera, lleno de miedo... He estado vagando por ahí el resto de la noche, Ned. Conozco la comarca como la palma de la mano y, sin embargo, me extravié...

—Y ahora, Ned, ¿crees en esa fantástica historia del murciélago gigante que escupe fuego y mata a los destiladores clandestinos? —preguntó Coslar burlonamente.

Black no hizo caso de la sarcástica observación.

—Ed. dime, ¿dónde ocurrió eso?

—Junto al arroyo... Frente al risco... Red Ridge quiero decir... Cada vez destilamos en un sitio distinto...

—Y así, evitan que yo les eche el guante —dijo Coslar.

—Ed. ¿estás seguro de que Clayburn ha muerto?

—Tuvo que morir. Yo le vi caer y se quedó inmóvil...

—¿Dónde le alcanzó el fuego, Ed?

—En el cuello. De lleno, Ned. Era un chorro de fuego tan grueso como mi brazo. Yo estaba a unos treinta pasos y pude sentir el calor abrasador...

—Dan. allí sólo se puede llegar a caballo —dijo el joven.

Coslar hizo una mueca.

—Yo ya no estoy para esos trotes —se lamentó—. Ned, ¿quieres aceptar el puesto de ayudante? Ve allí y actúa en mi nombre, por favor.

—Está bien, haré lo que pueda. Dan, llame al médico; Ed necesita un sedante.

—Ya lo he avisado —respondió Coslar.

—Ned, por favor, las mulas quedaron en la cañada que hay a cien pasos más abajo —indicó Fahey—. Suéltalas; volverán al establo por la querencia.

—Descuida. Ed.

Black abandonó la oficina en el acto y regresó al hotel. Cuando llegaba, divisó a Dagmar en la veranda.

—¿Sucede algo, Ned? —preguntó la joven.

—Parece ser que hay otro muerto en el arroyo, frente a Red Ridge —contestó él—. Coslar quiere que vaya a investigar; me ha nombrado ayudante suyo. Voy a cambiarme de ropa para marchar

allí inmediatamente.

—A caballo, supongo.

—Claro.

—Iré con usted —dijo Dagmar.

Black no puso ninguna objeción. Un cuarto de hora más tarde, se hallaban en el establo.

Dagmar, alarmada, vio que el joven ensillaba al pinto. También divisó el rifle que Black ponía en la funda de anón.

—¿Habrá peligro? —preguntó.

—No lo creo, pero las precauciones no están nunca de más —contestó él.

Momentos más tarde, salían de Lubbow al galope. Durante los días precedentes, Dagmar había montado continuamente y ahora se sostenía sin dificultad en la silla.

Cuando se adentraron en la zona fragosa, redujeron la marcha de los animales. Dagmar aprovechó para hacer algunas preguntas al joven.

—Ned, ¿qué le pasó al pobre Barton? ¿Es cierto que él mismo provocó el incendio con los disparos de su escopeta?

—Posiblemente, aunque, en todo caso, no disparó sin motivo. Alguien puso tachuelas en el camino, para que se le pinchasen las ruedas de la camioneta.

—¿Tiene alguna idea de quién pudo hacerlo?

—El fuego de la gasolina destruyó otras huellas. Sin embargo, yo diría que Barton murió de la misma forma que Wessig. Y, probablemente también, por idéntico procedimiento que el que se empleó para matar anoche a Clayburn.

—Es algo horripilante. Ned. Yo no puedo creer que el barón salga de su tumba para cometer esas espantosas fechorías. Alguien quiere hacernos creer en esa historia tan fantástica. ¿No le parece?

—Sí, estoy de acuerdo con usted. Lo que pasa es que no sabemos quién lo hace ni los motivos que le impulsan a matar a la gente de semejante manera.

—Sin embargo, se aprovecha de la superstición...

—Al final, se encontrará una explicación completamente lógica, por muy retorcida que pueda parecer —aseguró Black.

CAPITULO IX

Extendió la mano y Dagmar detuvo a su montura inmediatamente.

—Permanezca aquí —dijo.

Desde la silla, Dagmar vio la forma oscura que yacía en el suelo, a pocos pasos del arroyo. Un escalofrío recorrió su cuerpo, pese a que en el fondo de aquel angosto valle ya hada bastante calor.

Black se apeó, con el rifle en la mano, y avanzó cautelosamente hacia el lugar donde se vela el cadáver de Clayburn. En aquel lugar, el silencio era absoluto, solamente turbado por el rumor de la corriente.

Durante unos minutos, Black se movió por los alrededores, buscando huellas con toda minuciosidad. Dagmar aguardó pacientemente, sin moverse de su sitio, a fin de no obstaculizar la labor del joven.

Un cuarto de hora más tarde. Black regresó a su lado.

—Son las mismas huellas que acababan en el borde del risco —dijo.

Dagmar volvió la cabeza hacia el rojizo farallón que se alzaba casi verticalmente a ciento cincuenta metros sobre aquellos parajes. La base se hallaba a unos cien metros y. al apreciar el aspecto del cerro y su extraña coloración, Dagmar se dijo que parecía lógico que su diabólico antepasado hubiera elegido aquel lugar para su tumba.

—De modo que son las mismas huellas... —dijo al cabo.

—No cabe la menor duda —contestó él—. También he encontrado otras señales que no sé interpretar. Pero, en todo caso, el rastro conduce sin lugar de dudas a un determinado punto. Quizá, en el fondo. Wessig tenía razón.

Dagmar perdió el aliento unos segundos.

—¿Quiere decir... que ese rastro se dirige a Mount House?

—Sin ningún género de dudas, Dagmar.

La joven dirigió la mirada hacia la casa, situada a unos mil metros de distancia, en lo alto de la colina que, sin embargo, tenía una cota inferior a Red Ridge.

—¿Quién lo hace, Ned? —preguntó.

—Acaso Ryan podría contestarnos.

—Está inválido. Sólo cuenta con una mujer para cuidarle.

—¿Y si esconde a alguien en su casa?

—¿Por qué iba a hacerlo, Ned?

—Tendríamos que oírle a él, aunque dudo mucho de que quisiera contestar a nuestras preguntas. Y, sin un mínimo de pruebas, no podemos molestarle. Aguarde unos minutos, por favor.

Black volvió a marcharse. Dagmar le vio desaparecer en el interior

de una cañada cercana. Dos mulas salieron corriendo a poco. Black vino con la tercera del ramal.

Ató la soga a una cuerda y luego envolvió el cuerpo de Clayburn en una manta. Finalmente, lo puso atravesado sobre el lomo de la mula y luego volvió a su caballo.

—Regresemos —dijo.

Dagmar asintió. Apenas si cambiaron una sola palabra en el trayecto.

Black parecía sumido en profundas meditaciones y la joven no quiso interrumpirle con preguntas a las que él no podría contestar. Cuando avistaban el pueblo. Black alzó la cabeza.

—Esta vez no nos sucederá lo mismo —dijo—. Yo me ocuparé de custodiar las muestras de tejido, hasta que hayan sido analizadas.

—¿Hará usted los análisis?

—En parte, sí. También siento una enorme curiosidad por saber cuál es esa infernal sustancia que abrasa y mata instantáneamente.

La entrada en el pueblo de la pareja, llevando de reata a la mula que transportaba el cadáver de Clayburn, causó una enorme sensación.

lodo el mundo se volvía para mirarlos. Guando pasaban por delante del almacén general vieron a Norrie Benham que salía, cargada con algunos paquetes.

La mujer lanzó un chillido de horror y los paquetes cayeron al suelo. El dueño del almacén se apresuró a consolarla.

Coslar estaba en la puerta de su oficina, hablando con una mujer. Cuando llegaban, la mujer se subió a un coche, lo puso en marcha y arrancó inmediatamente.

Black desmontó y puso las riendas de la mula en manos del comisario.

—Llévalo al médico —dijo—. Luego le daré más detalles.

—Está bien, Ned. ¿Has encontrado rastros?

—Si. Oiga, ¿no era esa mujer Nellie Wessig?

—En efecto. Se marcha de Lubbow. Ha vendido su propiedad.

—Quizá sea lo mejor. Bueno, Dan, estoy en ayunas y, pese a todo, no he perdido el apetito.

—Ven a verme luego, muchacho.

—Sí, señor.

Coslar se marchó con la mula. Fahey apareció en la puerta de la oficina, muy pálido, pero ya sereno.

—Ed. ven conmigo —pidió el joven—. Voy a comer algo y quiero que me cuentes con todo detalle lo que sucedió anoche.

—Sí, Ned, lo que tú digas —contestó el sujeto.

—¿Quiere acompañarnos, Dagmar?

—Con mucho gusto —accedió la muchacha.

* * *

Terminó de examinar la muestra al microscopio y luego puso un minúsculo trozo de tejido en un tubito, que cerró herméticamente. Luego hizo varias pruebas más, hasta que, al fin, creyó haber llegado a la solución.

De pronto, llamaron a la puerta.

—Pase, doctor.

La puerta se abrió.

—No soy el médico —sonrió Dagmar.

Black estaba sentado en un taburete y se volvió hacia la joven. Entonces vio el papel amarillo que ella tenía en la mano.

—He recibido la respuesta de Francfort —dijo Dagmar.

—Estupendo. ¿Qué dice el señor Scharff?

—Bueno, mi padre usa el apellido completo... Pero eso no tiene importancia ahora. Según recuerda mi padre. Mount House y las tierras que lo circundan, fueron vendidas hace unos cien años a un tal

Amos K. Dobson.

—Dobson —repitió él.

—Sí. Creo que habría que buscar a sus descendientes, para saber si continúan siendo propietarios de Mount House y, en tal caso, conocer las condiciones en que han alquilado la propiedad a Kit Ryan.

Black sonrió maliciosamente.

—No hace falta que busque al descendiente de Dobson —dijo—. Delante de usted está el único que queda vivo por ahora.

Dagmar abrió la boca.

—¡Usted!

—Amos Dobson era el padre de mi abuela, la que se casó con el jefe indio. Parece raro un matrimonio entre un piel roja y una mujer blanca, en aquella época, pero también había blancos que se casaban con mujeres indias. Y, por lo que yo sé. Amos Dobson era un hombre muy liberal, aunque ello no le libró de algún disgusto. Pero se refugió en las montañas...

—Entonces, Mount House le pertenece a usted.

—No estoy tan seguro. Nunca nos hemos preocupado de ello. Quizá, en todo caso, pertenezca a la reserva de pies negros. Los límites no están bien establecidos. Tendría que consultarlo en Helena. Y creo que lo haré.

—¿En la capital del Estado?

—Sí. Es el lugar más apropiado, ¿no cree?

—Desde luego. ¿Cuándo piensa marchar allí?

—Mañana mismo. Estaré fuera un par de días, como máximo. Sólo hay trescientas millas y puedo cubrirlas holgadamente en una mañana. Luego, todo depende de las gestiones que tenga que hacer, como es lógico.

—Entiendo, Ned, dígame, ¿ha averiguado algo?

Dagmar señaló el microscopio con un ligero ademán. Black asintió.

—Gasolina, mezclada con magnesio en polvo y disparada a gran presión.

—¿Un lanzallamas? —se aterró la joven.

—De fabricación casera, pero tan efectivo como los que se usan en el Ejército»

—¡Es increíble! ¿A quién se le ha ocurrido tan diabólica idea?

—Alguien, que se aprovecha de la ignorancia y la superstición, y se hace pasar por el barón.

—SI, pero ¿quién es? ¿Dónde se esconde, Ned?

—Yo formularía mejor otra pregunta. Dagmar.

—Dígalo, se lo ruego.

—¿Por qué?

Callaron un momento. Ninguno de los dos encontraba la respuesta. Y en tal respuesta, pensó Black, residía la solución al enigma que tanto les preocupaba.

Al cabo de un rato, ella dijo:

—¿Investigará también a quién pertenece Mount House actualmente?

—Desde luego. No pienso volver a Lubbow sin conocer ese detalle —respondió el joven.

* * *

—Es extraño que un hombre nacido en Montana haya tenido que irse a California para poder vivir —dijo el funcionario del registro.

—Podía haber ido a Massachussetts, pero el clima no me gusta. California es mejor —sonrió Black.

—Sí, sol y calor todo el año... Aquí, los inviernos, son muy duros.

—Pero el verano resulta maravilloso, infinitamente más agradable que en la costa oriental. Bueno, ¿qué hay de ese dato?

— Perdón... —rogó el empleado, a la vez que abría un enorme libro —. Lo tengo aquí... Sí, la propiedad es ahora de la tribu que está en la reserva, aunque el jefe permite que alquilen la casa. Amos Dobson legó la propiedad a su hija y ésta, a su vez, la donó a la tribu que habita en aquella comarca. El jefe actual es el representante en cuanto a los derechos de propiedad y tiene poderes legales de la tribu para actuar en consecuencia, excepto en un contrato de venta. Mount House y las tierras que la rodean fueron donadas a los pies negros, con la sola condición de que jamás podrían vender.

—¿Qué pasaría en tal caso? —preguntó Black.

—La operación serla nula. El Estado de Montana no la admitiría. No puede intervenir, por ejemplo, en el alquiler de la casa y de las tierras, para caza y pesca, aunque, desde luego, respetando las leyes

al respecto, pero impediría la venta, caso de que algún jefe fuese lo suficiente insensato para ceder a la tentación.

—Entiendo —dijo el joven—. Ahora bien, la casa tiene un inquilino en la actualidad. ¿Quién intervino en el contrato de alquiler?

El funcionario consultó otro libro.

—Harry F. Hadley, agente de fincas. Le daré su dirección...

Una hora más tarde, Black entraba en el despacho de Hadley. Era un hombre de mediana edad, de aspecto agradable, vivo y despierto, quien inmediatamente sintió una fuerte simpatía hacia aquel joven alto y fornido que había llegado a su oficina.

—Siéntese, señor Black —invitó—. Nick Homsby me ha avisado de su visita. ¿Quiere un poco de café?

—Sí, muchas gracias. El señor Homsby ha sido muy amable — dijo el joven.

—Somos buenos amigos —sonrió Hadley—. En el gobierno lo consideran mucho. Hace algunos años, un funcionario venal hizo muchas trampas en los libros. Homsby puso todo al descubierto y arregló las cosas con absoluta honestidad. Incluso yo salí perjudicado en un par de operaciones, pero, gracias a Homsby se pudieron arreglar las cosas satisfactoriamente.

—Lo celebro infinito. —Black aceptó la taza que le tendía el agente de fincas—. Señor Hadley, quizá lo que le voy a pedir se relacione con el secreto profesional y no pueda decírmelo. De todos modos, tengo que preguntárselo.

Hadley sonrió comprensivamente.

—Usted quiere saber quién es el inquilino de Mount House —dijo.

—Si, en efecto.

—Bien, se llama Kit Ryan y lo cierto es que sé muy poco de él, salvo que es puntual en los pagos. Sin embargo, cuando vino a verme hace algún tiempo...

—¿Vino a verle? —se extrañó el joven—. Está inválido.

—Debió de ser antes de su caída —explicó Hadley—. Volviendo a lo que nos interesa. Ryan estuvo haciéndome muchas preguntas acerca de la posibilidad de compra de tierras en las inmediaciones de Mount House.

—¿Para qué? ¿Trata de convertirse en propietario?

Hadley juntó las manos y entrelazó los dedos.

—Verá... Hace tiempo, Ryan tenía un negocio de construcción de edificios, especialmente en lugares residenciales. Tuvo un par de tropiezos con la ley y. aunque consiguió salir bien librado, se vio obligado a abandonar la profesión. Parece ser que aquellos conflictos causaron problemas en su salud. Por eso se retiró a Mount House, pero, según se cree, le quedó el dinero suficiente para intentar la compra de algunos terrenos contiguos.

—Comprendo. Usted, sin embargo, no tuvo ningún reparo en alquilar la propiedad.

—Antes lo consulté con el jefe de la reserva y éste no opuso ninguna objeción. A fin de cuentas. Ryan no podría hacer allí nada y también es preciso dar una segunda oportunidad a un pecador.

—Sí, es una actitud muy noble. De todos modos. Ryan se encuentra ahora en una situación muy poco envidiable, encadenado a una silla de ruedas. No le envidio, ciertamente.

—Desde luego. Oiga, ¿ha visto por allí a Fenton Swearles?

—¿Quién es Swearles? —preguntó el joven.

—Era la mano derecha, el *alter ego* de Ryan. El que hacia los trabajos poco agradables, por no calificarlos de otra manera.

—No, Ryan no tiene allí a nadie, excepto a una sirvienta, la señora Benham.

—Habrá considerado conveniente evaporarse —sonrió Hadley.

De pronto, Black concibió una idea.

Conocía usted a Swearles? ¿Puede darme una descripción de su aspecto personal?

—Bueno, era un tipo alto, delgado, de rostro chupado y ojos que daban escalofríos, según te mirase en ocasiones. No resultaba agradable de ver, créame.

Black pensó inmediatamente en aquel desconocido que aseguraba ser el barón von Scharffeln. ¿Se escondía Swearles en algún lugar inhallable de Mount House?

—Además, le diré otra cosa —continuó Hadley—. Sé que había alguien interesado en comprar tierras en las inmediaciones de Mount House. Por lo visto, pretendían especular con aquellos terrenos. Están en una comarca maravillosa y atraerían a los compradores con gran facilidad.

—No lo permitiremos —rezongó el joven—. Recurriremos a todos los medios legales para impedirlo. Devastarían la región...

—Las tierras que se quieren comprar están fuera de la reserva. Si los dueños quieren vender, no sé cómo podrán oponerse ustedes.

—Sí, resultará imposible. ¿Quién era la persona interesada en comprar tierras por aquellos parajes?

—Se llama Walt Ealing. un sujeto tan desaprensivo como lo era Ryan en sus buenos tiempos. Pero ahora hace ya bastantes semanas que no tenemos noticias suyas. Quizá levantó el vuelo en busca de otro ambiente menos hostil. Aquí, la ley empezaba a seguirle los pasos, ¿comprende?

—Sí. ¿Conocía usted a Ealing?

—Hable con él en alguna ocasión, aunque no era precisamente la clase de gentes con las que me gusta tratar. Tenía un aspecto radicalmente distinto de Swearles: mediana estatura, rechoncho,

calvo, casi siempre sudando... ¿Lo ha visto usted por casualidad?

Black pensó inmediatamente en el cadáver hallado en el risco.

—Creo que si, aunque, desde luego, ya no suda —contestó.

CAPITULO X

Afortunadamente, había podido despachar todo en el mismo día. Pero era ya tarde para regresar a Lubbow. por lo que había decidido tomar habitación en un hotel de Helena. Cenó en el comedor del hotel y luego se dispuso a retirarse a su habitación. Pensaba madrugar al día siguiente, a fin de emprender el viaje al amanecer y llegar a Lubbow antes de mediodía.

Un hombre salió de pronto a su encuentro, ya en el vestíbulo del hotel.

—¿Ned Black?

—Sí —contestó el joven.

—Permítame, señor Black. Soy el profesor Donaldson, de la Universidad de Montana. ¿Podría hablar unos minutos con usted?

Black consultó su reloj.

—Le ruego sea breve —pidió—. Mañana he de levantarme con el alba...

Donaldson sonrió.

—No le entretendré más allá de un par de minutos —aseguró, a la vez que asía el brazo del joven—. Venga, en aquel rincón hablaremos con más comodidad.

Black se dejó llevar hasta un diván y se sentó. El diván hacía rinconera. Donaldson se acomodó en el otro lado.

—Se trata de la tumba de Red Ridge —dijo al fin—. Mi amigo Hadley me ha dicho que usted conoce muy bien aquellos parajes.

—No puedo negarlo, profesor —contestó Black—. Pero, ¿qué interés tiene usted en esa tumba?

—Conozco la leyenda. Me gustaría escribir un libro sobre el tema. He investigado bastante sobre el particular, pero me faltan algunos datos que sólo podría conseguir actuando sobre el terreno, esto es. de forma práctica. Tal vez usted querría ayudarme y yo recompensaría económicamente el tiempo que emplease a mi lado.

—En primer lugar, depende de los días que piense permanecer en Lubbow —contestó el joven—. Yo tengo un empleo y he de volver a él, cuando concluyan mis vacaciones. En cierto modo, podría pedir una prórroga, pero no me gustaría, a no ser que resultase absolutamente necesario.

—Creo que con un par de semanas podría despachar —dijo Donaldson.

—Siendo así, el primer inconveniente queda obviado —sonrió Black —. Después... Bien, me gustaría saber a qué llama usted trabajos prácticos sobre el terreno.

Donaldson suspiró.

—Lo he pensado mucho y he decidido no recurrir a subterfugios —

contestó—. Me gustaría abrir la tumba del barón y examinar su interior. Sé que, anticipándose en trescientos años a la medicina actual, hizo investigaciones sobre hibernación y suspensión animada de las funciones corporales. Podría ver el estado de conservación de sus restos... Tengo también un amigo biólogo que se interesa por el caso y sé que le gustaría acompañarme.

—¿Cree que podría abrir la tumba sin pedir permiso a nadie?

—¿A quién habría que pedirlo, en todo caso?

—Primero, supongo, a las autoridades de Lubbow. Y, en segundo lugar, a la descendiente directa del barón.

El rostro de Donaldson expresó la inmensa sorpresa que sentía al conocer la noticia.

—¿Lo dice en serio, señor Black?

—Se llama Dagmar Scharff, aunque por motivos personales ha abreviado el apellido, suprimiendo el von y las tres letras finales. Está en Lubbow, precisamente para realizar su tesis doctoral. Aunque el juez de Lubbow diera el permiso para la exhumación, no sé si ella podría solicitar un interdicto de un tribunal superior para prohibir el acto.

—Lo que ha dicho usted es absolutamente lógico —manifestó Donaldson— con franqueza, no me esperaba una sorpresa semejante. Pero si ella está en Lubbow para conseguir datos con vistas a obtener su doctorado, tal vez accedería a esa exhumación, ya que le permitirla también adquirir nuevos conocimientos sobre su antepasado.

Black hizo un gesto de duda.

—No puedo contestarle nada, profesor. Simplemente, me he limitado a exponer la situación tal como está. Tendrá que desplazarse a Lubbow y ver lo que puede conseguir allí, es cuanto puedo decirle.

—Le agradezco que me haya prestado su atención, señor Black —dijo Donaldson—. Mi colega, el biólogo, se llama Blaise Carver y en cuanto se lo diga, estará dispuesto a partir conmigo hacia Lubbow. ¿Cuándo vuelve usted, señor Black?

—Mañana, al amanecer.

—Pasado mañana, sin falta, antes de mediodía, el doctor Carver y yo estaremos en Lubbow —afirmó el profesor rotundamente.

* * *

—La situación está así —dijo el joven, al día siguiente, mientras almorzaba en compañía de Dagmar—. Ahora ya conozco todos los datos relativos a Mount House y empiezo a hacerme una composición de lugar acerca de los hechos que han ocurrido aquí en los últimos tiempos.

—Es decir, los motivos.
—Sí, en efecto.
—Bien, ¿cuáles son los motivos?
—Tendrás que perdonarme unos minutos. Antes de darte una respuesta, que supongo definitiva, quiero consultar un mapa que no tengo a mano. ¿Un poco más de café?
—Gracias —aceptó Dagmar—. Ned, ¿qué hago?
—La decisión es tuya —respondió él.
—El juez puede autorizar la exhumación y yo puedo oponerme. Pero no sé si la orden judicial sería superior a mi decisión contraria.
—Piensa una cosa, Dagmar. ¿Quieres que se abra la tumba del barón?
Ella vaciló un momento. Luego, asintió, a la vez que decía:
—Bien, no se trata de una muerte ocurrida hace unos pocos años. El barón murió hace tres siglos y, me parece, a estas horas, poco importa que se examinen sus restos. ¿Cuándo dices que vendrán esos científicos?
—Donaldson me aseguró que estarían aquí, mañana a estas horas.
—¿Veremos antes al juez, Ned?
—Convendría consultarle —aconsejó Black.
—Perfectamente. Iremos en cuanto hayamos almorzado.
—Perdona que te contradiga. Antes iremos a consultar cierto mapa en el edificio del municipio.
—Es verdad, lo había olvidado. Ned, dime una cosa: ¿qué se siente al creer en un principio que podías ser el dueño de Mount House y saber luego que esas tierras pertenecen a la tribu que habita en la reserva?
—Nada —contestó él con toda naturalidad—. No me sentía propietario antes, pero podía cazar, pescar, moverme por todas esas montañas... Ahora seguiré en las mismas condiciones... ¿Qué iba a hacer si fuese el dueño de la propiedad? ¿Venderla para obtener dinero? ¿Me sentiría más feliz? Tendría dinero, en efecto, pero perderla el inmenso placer de venir aquí todos los años en mis vacaciones y también en unas cuantas ocasiones más... El nuevo dueño no me dejaría moverme como lo hago en la actualidad... y ya no volvería a encontrarme con una *squaw* perdida en el bosque.
Dagmar se sonrojó al recordar la forma en que se habían conocido.
—La verdad, estuve más que ridícula, tratándote como en las películas —dijo—. Pero he vivido demasiado tiempo en Europa y eso me ha hecho alejarme de la realidad.
—Fue divertido —sonrió él—. No te hagas reproches por algo que no tiene la menor importancia. ¿Has terminado ya?
—Si, desde luego.

Dagmar se puso en pie. El ayuntamiento estaba a poca distancia y no tuvieron necesidad de usar el coche. Black pidió a un empleado le mostrase el mapa de la comarca. El hombre señaló un enorme cuadro que había colgado de una de las paredes.

—Ahí lo tienes, Ned —contestó.

—Están marcadas todas las propiedades que no pertenecen a la reserva, supongo.

—Sí, desde luego.

Black se acercó al mapa y lo estudió durante unos momentos. De pronto, señaló un punto con el índice.

—Las tierras de Wessig —dijo.

—Sí, pero, ¿qué tienen de particular? Parece una propiedad bastante extensa...

—Seiscientas hectáreas. Y ya están vendidas. Lo dijo su viuda.

—¿Tiene eso algo de particular? Su esposo murió...

—Mira la propiedad contigua. Es más pequeña, pero tienen una linde común. Por el lado Sur, los límites de ambas propiedades quedan a media milla de Lubbow. Por el lado Norte, limitan con las tierras de Mount House.

¿Tiene eso algún significado especial?

—Uno de los propietarios ha muerto y su viuda ha vendido dijo el joven ceñudamente—. ¿Hará lo mismo la señora Barton?

Dagmar sintió un escalofrío.

—¿Crees que esas muertes se cometieron para comprar las propiedades? —murmuró.

—Tal vez —respondió Black en el mismo tono.

—Pero, si fue así, ¿quién lo hizo?

Black reflexionó durante casi un minuto. Luego, de pronto, agarró el brazo de la joven y tiró de ella hacia la salida.

—Gracias por todo, amigo —se despidió del empleado.

De nada. Ha sido un placer, Ned.

Salieron a la calle. Una vez en el exterior, Black dijo:

—Voy a hablar con Coslar. Quiero que vaya a ver a Ryan y le pregunte si sabe algo de Fenton Swearles.

—¿Crees que pudo ser él?

—Muy probable. Pero, si lo hizo, está muy bien escondido y...

Cuando era necesario, Coslar, aparentemente abúlico, no perdía el tiempo. Apenas conoció las pretensiones del joven, anunció su inmediata marcha a Mount House para interrogar a Ryan.

—Sea discreto. No dé a entender que sospecha de él —aconsejó el joven—. Simplemente, dígale que le han telefoneado desde Helena, preguntando por su paradero.

—Lo tendré en cuenta, descuida.

Coslar partió en el acto. Black se volvió hacia la muchacha.

—Y ahora, vamos a ver al juez —sonrió.

El juez no tenía inconveniente en acceder a la exhumación y firmó la orden en el mismo momento. Black y la muchacha volvieron nuevamente a la calle.

—¿Qué hacemos ahora, Ned? —preguntó ella.

—Ven conmigo. Hace tiempo que me preocupa una cosa y quiero salir de dudas. Hace tres días, pasé por allí, pero estaba distraído y no supe ver lo que, sin duda, es parte de la solución a cierto enigma que nos trae de cabeza a todos los que estábamos presentes en aquel momento.

Dagmar le acompañó, sin saber qué se proponía el joven. Momentos después, se hallaban ante la puerta del patio trasero del hotel.

—Aquí hicimos una pequeña fiesta el día de tu llegada, ¿recuerdas?

—No lo olvidaré en la vida —se estremeció ella.

—Bien, el asesino no era el hombre que yace en Red Ridge, aunque lo pretendiera. Es un ser de carne y hueso y desapareció detrás de una espesa nube de humo maloliente. Como hacen en el cine.

—Pero el humo se disipó pronto... Teníamos que haberlo visto correr...

—No. Estaba ahí arriba.

Dagmar levantó la vista hacia el dintel de la puerta, grande, ancho, sólido, con tejado a dos aguas y hueco debajo de los planos inclinados. Black le hizo una demostración práctica, saltando hacia arriba y agarrándose al borde inferior con ambas manos, para desaparecer instantes después.

—Se escondió aquí —dijo, sin ser visto de la muchacha—. A nadie se nos ocurrió levantar la vista... y eso explica el ataque de que fui objeto cuando vine aquí más tarde.

Black se descolgó al suelo nuevamente y sonrió.

—Seguramente, temió que descubriese el truco, que mirase debajo del tejadillo y lo encontrase todavía. Sin duda, dejaba pasar el tiempo, para marcharse sin ser visto, pero al saber que yo estaba debajo, no quiso correr riesgos y me atacó.

—Pudo haberte matado —se estremeció Dagmar.

—Quizá lo intentó, pero, por lo visto, no tenía suficiente práctica.

—Y no te abrasó...

—Usa un lanzallamas casero y habría agotado al depósito de combustible.

—Sí, pero, ¿quién lo hizo?

—Cada vez estoy más convencido de que fue Swearles... pero, ¿dónde está?

—Quizá Coslar nos diga algo a su regreso de Mount House —apuntó la muchacha.

—¿Qué están viendo el lugar por donde voló el diablo, después de abrasar al pobre Bud Wessig?

Sorprendidos por la inesperada pregunta, Black y Dagmar se volvieron al mismo tiempo. Edgar Fahey se descubrió cortésmente.

—¿Cómo estás, Ned? ¿Qué tal, señorita?

—¿Ya te encuentras bien, Ed? —preguntó el joven.

—El susto no se me ha pasado todavía, pero, vamos, me voy reponiendo. Fue algo horrible, créanme.

—Ed, ¿no habías tomado un par de tragos de vuestro propio mejunje?

Fahey alzó la mano solemnemente.

—Lo juro. Estábamos tan sobrios como lo estamos los tres ahora respondió con firmeza—. El gran murciélago negro descendió sin ruido de las alturas y...

—Un momento —cortó el joven—. Has dicho un murciélago negro. ¿Cómo era de grande?

Fahey extendió los brazos.

—Tres o cuatro veces más que esta medida —contestó—. Sí, lo juro; pude verlo muy bien...

—¿Batía las alas?

—No. claro, estaba llegando al suelo...

—Precisamente por eso mismo, tendría que refrenar la caída con fuertes sacudidas de sus alas. Y tú dices que no las movía en absoluto.

—No, nada, nada —insistió Fahey—. Hombre, si no hubiera visto las alas, habría dicho que el diablo usaba paracaídas.

Black sonrió, a la vez que daba una fuerte palmada en el hombro del sujeto.

—Gracias, Ed —dijo—. Y cuidado con las trampas, ya sabes que no me gusta. Destila licor si quieres, pero no pongas una sola trampa o te costará caro. ¿Vamos, Dagmar?

La muchacha se sentía terriblemente intrigada.

—Ned, presiento que has encontrado parte de la solución —dijo.

—En efecto admitió él—. Y la solución no tiene nada de sobrenatural, aunque para muchos pueda parecer que es cosa de un hombre que murió hace trescientos años.

CAPITULO XI

Se dirigían a la oficina del comisario cuando, de pronto, vieron salir de la casa del médico a una mujer que tenia la mano izquierda parcialmente vendada. El doctor Rainer salió detrás de ella, pero tomó el camino de la ciudad.

Black esperó la llegada del médico.

—Doctor, ¿qué le pasa a la señora Benham? —preguntó.

—Nada importante. Un rasguño en la mano izquierda, con riesgo de infección, que he podido atajar. ¿Te interesa la salud de esa dama?

—Simple curiosidad, eso es todo.

—Es una mujer muy peculiar. Padece hirsutismo. Tiene que afeitarse,, incluso el vello del dorso de las manos.

—¿Cómo lo sabe usted, doctor?

Rainer le guiñó un ojo.

—Soy médico —contestó—. Le hablé de tomar un medicamento para corregir esa deficiencia hormonal y me miró como a un bicho raro. Bueno, si le gusta usar la maquinilla de afeitar, es cosa suya. No me extraña entonces que se haya quedado soltera.

—Conque hirsutismo, ¿eh? —dijo Black.

—Exacto. Crecimiento anormal del vello en la mujer, eso es lo que tiene la señora Benham. Pero si Kit Ryan está satisfecho de sus servicios, el defecto carece de importancia. Bueno, tengo que hacer un par de visitas...

El médico se marchó. Dagmar miró intrigada al joven.

—Apostarla a que has descubierto algo más —dijo.

—De momento, sólo son sospechas. Pero no quiero hacer nada hasta que regrese Coslar.

El comisario volvió una hora más tarde.

—Lo siento —dijo—. Ryan asegura que no sabe nada de Swearles desde hace más de seis meses.

Dagmar se volvió hacia el joven.

—¿Una pista que se esfuma. Ned?

—Quizá no — respondió él.

—¿Sucede algo? —preguntó Coslar.

—No, nada de importancia. Siento haberle hecho perder el tiempo, Dan.

—Es mi oficio —respondió el comisario llanamente.

Black y la muchacha volvieron a la calle.

—¿En qué estás pensando? —quiso saber Dagmar.

El joven tendió la mirada hacia el extremo del pueblo. No se vela desde allí, pero Mount House estaba en aquella dirección.

—Es posible que un día de éstos haga una incursión en una casa que construyó tu antepasado y llegó a pertenecer a mi bisabuelo —

respondió.

—¿Por qué, Ned?

—Sencillamente, porque en Mount House está la solución de todos estos enigmas —respondió el joven con firme acento.

—Entrarás, supongo, sin permiso del inquilino.

—Sí, ciertamente, aunque luego tenga que enfrentarme con la ley.

—¿Esta noche?

—No. Prefiero aguardar a la apertura de la tumba del barón.

—¿Lo crees necesario?

—Así obtendré más detalles, lo cual me permitirá llegar al fondo de la verdad con un mínimo de obstáculos.

—Supongo que no querrás que te acompañe, ¿verdad?

Black sonrió.

—Resultaría arriesgado —dijo.

—Si Ryan no se entera, no habrá peligro alguno —alegó la joven.

—Ya hablaremos de eso cuando llegue el momento. Y, ¿qué te parecería si fuésemos al bar a tomarnos una jarra de cerveza?

—Encantada, Ned —accedió Dagmar con brillante sonrisa.

* * *

—El paisaje es maravilloso —elogió el profesor Donaldson dos días más carde —. No me extraña en absoluto que el barón quisiera establecerse aquí, a su llegada a América. En cierto modo, esta comarca recuerda cienos parajes de la Selva Negra, en Alemania.

—Debía de añorar su país natal —sonrió Black.

—¿Y quién no? Es preciso ser un desalmado para no echar de menos el lugar donde uno ha nacido. ¿O no viene usted todos los años a pasar aquí una temporada?

—Es cierto, profesor — respondió el joven.

—¡Eh, déjense de charla y vengan a echarnos una mano! —gritó el doctor Carver en aquel momento.

El biólogo estaba junto a Coslar, ambos ocupados en montar el artilugio que les permitirla levantar la losa sepulcral y que habían traído a lomos de dos caballos, ya que el lugar no permitía el acceso de vehículos. El primo de Black había venido también y se esforzaba por armar el trípode de la cabría que serviría para alzar la lápida.

Minutos más tarde, quedó montado el artefacto. Black y su primo cavaron en cuatro puntos, bajo la piedra sepulcral, y en los huecos pudieron meter sendos ganchos, unidos a otras tantas cuerdas, las cuales, a su vez, convergían en una unión central, pendiente del gancho de la máquina. Una vez estuvo terminada la tarea. Jim Big Eagle se encargó de accionar la manivela del aparejo.

Se oyeron algunos crujidos. Luego, poco a poco, la pesada lápida empezó a levantarse.

Dagmar aguardaba con el corazón palpitante y los nervios en tensión. Se preguntó qué vería cuando hubiese espacio suficiente entre la losa y la sepultura. Con enorme lentitud, al menos, así se lo parecía a ella, la losa subió hasta que, al fin, quedó a cosa de un metro del nivel de la tumba.

Donaldson avanzó medio cuerpo, situándose bajo la lápida. Un grito de asombro brotó en el acto de sus labios:

—¡No hay nada!

Dagmar se quedó petrificada por la estupefacción. Black se adelantó unos pasos e inclinó el cuerpo hacia adelante.

El hueco abierto en la tierra había sido protegido por gruesas losas de granito, tanto en los costados como en el fondo.

Pero la exclamación del profesor Donaldson tenía un sentido absolutamente literal.

No había nada, absolutamente nada.

—Eso es imposible —dijo Carver—. Admito que ha pasado mucho tiempo y que la madera del ataúd pudo convertirse en polvo, pero quedarían los herrajes, aunque estuviesen cubiertos de óxido. También tendrían que verse algunos fragmentos de hueso, botones de su indumentaria, metálicos en su mayoría en aquella época...

Black decidió salir de dudas y saltó al interior de la sepultura. Poniéndose en cuclillas, pasó las yemas de los dedos por el suelo, retirándolas manchadas de polvo gris.

—La explicación es bien sencilla —dijo al cabo—. No hay nada, porque alguien se ha llevado el ataúd.

—Si, pero, ¿quién diablos lo ha hecho? —barbotó Coslar— . Porque no me vas a decir que el barón salió de su tumba y se llevó el féretro debajo del brazo, ¿verdad?

—El barón murió y ése es un hecho incontrovertible —respondió el joven con firmeza.

—Y alguien se ha llevado sus restos, aunque ignoramos los motivos —dijo Dagmar.

Miró al joven y vio que Black tenía la vista fija en la casa que había al otro lado del valle.

* * *

Pasadas las diez de la noche, Black subió a la habitación de Dagmar y llamó a la puerta.

Ella abrió en el acto. Vestía ropas oscuras, con pantalones negros. y se había anudado un pañuelo a la cabeza.

—Estoy lista —anunció.

—Muy bien, no perdamos tiempo.

Salieron por la puerta trasera del hotel y se encaminaron al establo de Big Eagle. El primo de Black tenía ya preparadas los dos caballos.

—Suerte —les deseó, cuando se disponían a partir.

La noche era clara. Había luna en creciente y la visibilidad facilitaba el rápido avance de las cabalgaduras. Una hora más tarde, Black detuvo al pinto y se apeó de un salto.

—Estamos a unos quinientos metros de la casa —dijo—. Es más que suficiente.

La silueta del edificio destacaba sobre la cumbre.

—No se ve ninguna luz —observó Dagmar.

—Habrán corrido las cortinas o quizá se han acostado ya —supuso él.

Continuaron a pie. Para acercarse sin ser vistos, dieron un rodeo que les llevó a la trasera del edificio. Había un pequeño cuerpo, adosado a la fachada posterior, que servía para almacén de herramientas y para guardar trastos viejos.

Black abrió la puerta. Había llevado consigo una linterna y paseó el haz de rayos luminosos por el interior de la estancia. De pronto, vio algo que llamó su atención.

—Las alas del murciélago gigante —dijo.

—Pero es... un ala delta... Para vuelo libre —se asombró Dagmar.

—Claro, ¿qué otra cosa crees que podía ser? —sonrió él—. Eso explica que el rastro del asesino se perdiese en el borde del risco. Simplemente, dejaba el aparato volador preparado para su regreso, después de cometidos sus crímenes, y se lanzaba al espacio desde Red Ridge. Todo contribuía a aumentar la fantasía de la historia, ¿comprendes?

—Entonces, es el murciélago gigante que vio Fahey.

—Sí, pero el piloto se tropezó inesperadamente con dos destiladores clandestinos, a quienes no esperaba encontrar en el lugar de aterrizaje. Mató a uno, pero Fahey pudo escapar y contar una historia a la que nadie dio el menor crédito.

—¿Y el lanzallamas?

—Lo llevaba, sin duda, debajo de los ropajes. Una pequeña botella, con un tanque de gas a presión, un sistema de ignición automático, un tubo adosado al brazo... Parecía que era su mano la que lanzaba el rayo de fuego.

—Sí, es verdad —reconoció la muchacha—. ¿Y ahora?

Black retrocedió hasta la puerta.

—Vamos a iniciar el asalto —dijo.

Dagmar salió también. Black cerró la puerta. Ella miró hacia el final de la explanada de aquel lado.

—También por aquí podría lanzarse con el ala delta —apuntó.

—Sí, hay una fuerte pendiente, pero, ¿por qué tendría que hacerlo?

—No lo sé, se me había ocurrido...

—Anda, vamos —sonrió él.

Black se acercó a la puerta posterior. Tanteó la cerradura con suavidad y, a los pocos momentos, había conseguido abrirla con la ayuda de una ganzúa que se había procurado por mediación de su primo.

Abrió una rendija y asomó la linterna. El corredor del otro lado aparecía desierto.

En el interior de la casa sonaban voces un tanto destempladas. Black, sin embargo, no pudo captar una palabra inteligible. Pero supo que eran dos los hombres que discutían.

—Silencio —susurró al oído de la muchacha—. Vamos a escuchar lo que están hablando. Quizá se marchen pronto a la cama; entonces, continuaríamos la exploración.

Dagmar asintió. Noto que Black asía su mano y se dejó llevar a lo largo del corredor, que conducía al salón donde había visto a Ryan por primera vez.

Había al final una espesa cortina, que ocupaba el lugar de la puerta. El joven apartó ligeramente la cortina y miró a través de la rendija. Entonces divisó algo que le hizo perder el aliento.

Retrocedió un par de pasos y volvió a hablar, con la boca pegada a la oreja de la muchacha.

—¡El ataúd del barón está aquí!

CAPITULO XII

Dagmar sufrió un fuerte estremecimiento. Black apretó su brazo, a fin de confortarla. Ella parpadeó en la oscuridad, como si quisiera decirle en silencio que estaba preparada para cualquier cosa.

Black regresó de nuevo a la cortina. La voz de Ryan sonó repentinamente colérica.

—Insisto, Fenton, has cometido una estupidez al traerte el ataúd del barón aquí —dijo.

—No lo creas. Kit. Ellos iban a abrir la sepultura. Pienso que al verla vacía, se desconcertarán. Los que no creen en fantasías, sabrán que alguien se lo ha llevado. Pero son los menos. La mayoría creerá que es una realidad la leyenda del barón.

—Nombre, por favor... En todo caso, el barón se habría marchado sin el féretro...

—Por favor. Kit, esto le da más intriga al asunto. ¿No recuerdas la historia de Drácula? Tiene que dormir todos los días en su ataúd... ¿Por qué no iba a hacer lo mismo el barón?

—Está bien, está bien —admitió Ryan, con aparente resignación—. Pero tenemos que dejamos ya de tonterías. Es preciso ir derecho al grano.

—De acuerdo. Mañana mismo iré a hablar con la señora Barton y le diré que quieres hablar con ella. Espero que sepas convencerla para que venda su propiedad.

—No habrá dificultad alguna, Fenton. A propósito, ¿cómo va tu mano?

—Bien, mejorando. El otro día me di un fuerte golpe y recibí un rasguño, cuando caí encima de aquel estúpido cazador furtivo. Suerte que todavía me quedaba algo de combustible en el lanzallamas.

De pronto, se oyó una fuerte risotada.

—¿De qué te ríes, Fenton? —se extrañó Ryan.

—El imbécil del médico... Dijo que yo padecía hirsutismo y que podía curarme, si me sometía un tratamiento, para curarme esa deficiencia hormonal...

—¿Cómo lo supo?

—No ha sabido nada, porque no se ha dado cuenta, salvo que me vio la mano afeitada.

—Eso es una imprudencia...

—Vamos, vamos, Kit. es un pobre médico de pueblo. No sospechará nada, te lo aseguro.

—De acuerdo. Pero en cuanto hayamos acabado el negocio con la señora Barton...

—Levantaremos el vuelo, supongo. Empiezo a estar harto de vivir aquí, vestido como una mujer y desempeñando de cuando en

cuando el papel de demonio lanzallamas. ¿Tienes comprador para los terrenos?
—Demasiado lo sabes. Vamos a conseguir medio millón.
—Por seis meses de trabajo, no está mal. Oye, Kit, ¿qué te parece si nos tomásemos una copa para celebrarlo?
—Aquí no hay licor, Fenton.
—Lo traeré, descuida.
Swearles echo a andar. Black se engañó, porque creyó que el sujeto se dirigía a otra estancia, pero ele repente lo vio aparecer ante él bruscamente, al apartar las cortinas de un manotazo.
La sorpresa de Swearles no fue menor. Black, sin embargo, supo reaccionar antes y disparó el puño derecho, alcanzando al sujeto de lleno en la mandíbula.
Swearles cayó de espaldas. Al ruido, Ryan se volvió y divisó a un hombre que aparecía inesperadamente en la estancia.
El asombro de Ryan no fue tan grande que no le permitiera sacar una pistola de pequeño calibre, con la cual encañonó al joven.
—No se mueva o tiraré a matar —amenazó.

* * *

Black había dado unos pasos y se detuvo a cierta distancia del sujeto, seguido de Dagmar. Ryan frunció el ceño.

—¿Qué hacen ustedes aquí? —preguntó.

Black tardó algunos segundos en contestar. Encima de dos caballetes se veía un féretro viejísimo, de maderas semipodridas y con los herrajes ya sin brillo. Ryan estaba a un par de pasos del ataúd y les contemplaba con ojos llenos de malevolencia.

El joven sonrió.

—De modo que su invalidez ya se ha curado —dijo—. ¿O quizá nunca estuvo impedido?

—¿Importa eso mucho ahora? —preguntó Ryan desafiador.

—No, supongo que no —respondió Black—. Lo que importa es que paguen los crímenes que han cometido. Tres asesinatos, quizá cuatro, incluyendo al hombre que escondieron en un saliente de la pared del risco. ¿Me equivoco al suponer que se trataba de Walt Ealing?

Las mandíbulas de Ryan se contrajeron.

—Tuvimos que hacerlo —contestó de mal talante.

—¿Por qué?

—Era un competidor. Amenazó con descubrimos, si no le dábamos parte en el negocio. Había notado nuestra desaparición y vino a buscarnos, dándonos un plazo para reflexionar. Luego volvió... Le citamos en Red Ridge y allí...

—Allí, Swearles, bajo el papel del barón, lo abrasó con su

lanzallamas casero, el mismo que empleaba para impresionar a las gentes crédulas de Lubbow, ¿no es así? Señor Ryan, usted y su cómplice tuvieron que marcharse de Helena, para no responder de cienos delitos. ¿Por qué vinieron aquí?

—Era un buen negocio, ¿no le parece?

—Sí, sobre todo, considerando lo poco que pagaban por unas propiedades que luego iban a vender con un beneficio del diez por uno. Pero, ¿era necesario que matasen también unas cuantas ovejas?

—Puesto que habíamos reavivado la leyenda del barón, resultó un truco necesario. Según tengo entendido, el barón empleaba sangre de animales para sus experimentos.

Dagmar dio un paso hacia adelante.

—No había señales de quemaduras en las ropas de Ealing —dijo.

—Se las cambiamos por unas viejas que teníamos aquí. Todo lo demás fue destruido absolutamente. Incluso desguazamos su automóvil y fuimos esparciendo sus piezas por muchos sitios.

—En aquel risco, no hubieran encontrado el cadáver jamás...

—Las precauciones nunca sobran, por muy exageradas que parezcan —contestó Ryan cínicamente—. Sin embargo, no contamos con los imponderables.

—¿Qué imponderables? —preguntó Black.

Ryan les señaló sucesivamente con la pistola.

—Ustedes dos. Ella, con su maldita tesis doctoral; usted, metiendo las narices donde no debía...

—Pudieron haberse detenido y esperar a que nos marchásemos.

—Ya no era posible. El negocio estaba en marcha y el comprador nos apremiaba. Teníamos que hacerlo en estas mismas fechas.

—Ese negocio ya no se efectuará —dijo Black severamente.

Ryan blandió la pistola.

—Al menos, no impedirán que nos marchemos —barbotó, a la vez que daba un paso en sentido lateral—. Escuchen, no quisiera nacerles daño, pero si nos cierran el paso, me veré obligado a disparar. ;Lo han entendido?

Black se dio cuenta de que Ryan, desesperado, estaba dispuesto a todo y se apartó a un lado, llevando contigo a la muchacha.

—No queremos sufrir el menor daño —manifestó—. Tarde o temprano, les echarán el guante.

Ryan sonrió burlonamente.

—Eso ya lo veremos. De momento, nos largamos; luego...

Estaba junto al féretro. De repente. Dagmar rio algo que le hizo sentir un vivísimo terror.

La tapa del féretro se movía.

* * *

Alguien empujaba la tapa del ataúd desde el interior. Dagmar quiso gritar, pero tenía la lengua pegada al paladar y la voz no salió de su boca.

Black no se había dado cuenta aún de nada. Sus ojos estaban fijos en la pistola de Ryan. Buscaba un instante de distracción del sujeto, para arrebatarle el arma e impedirle así la huida.

La tapa del féretro se levantó un poco más. Una mano, de uñas larguísimas y dedos sarmentosos, apareció fuera y tanteó en el exterior, como si tratase de encontrar el medio mejor de salir de aquel lugar.

Ryan se hallaba de espaldas al ataúd y tampoco se había percatado de nada. Un segundo después, se vio aparecer la segunda mano.

Dagmar se puso a temblar convulsivamente. Ryan lo observó con preocupación.

—¿Qué le pasa a esa chica? —exclamó de mal humor.

Las dos manos se estiraron. Bruscamente, se cerraron sobre el cuello de Ryan.

El sujeto lanzó una ahogada exclamación de pánico. Black agarró el brazo de la muchacha y la hizo retroceder hasta la pared.

Ambos creían soñar. ¿Quién era el ser que surgía del ataúd tan inesperadamente?

Ryan se debatía con todas sus fuerzas, lleno de desesperación por un ataque que ni siquiera había esperado. La mitad del cuerpo del nombre que yacía en el ataúd se hizo visible de pronto.

Black y la joven contemplaron un espectáculo inaudito, espeluznante, un hombre de largos cabellos, vestido con ropas del siglo XVII, que ya se calan a pedazos y con ojos en los que se veía un brillo demoniaco. La piel faltaba en algunos lugares del rostro y a través de aquellos agujeros se vela asomar el blanco de los huesos.

Haciendo un supremo esfuerzo, Ryan consiguió volverse en parte y empezó a disparar contra su atacante. Las balas levantaron menudas nubecillas de polvo al penetrar en el cuerpo de aquel hombre.

Súbitamente, se oyó un fuerte chasquido.

El cuello de Ryan se dobló, al mismo tiempo que su boca se torcía grotescamente. Las piernas le fallaron y cayó al suelo, arrastrando consigo al ocupante del ataúd, cuyas manos no se habían separado aún de su garganta.

El polvo se elevó de las ropas del barón. Un horrible hedor se expandió por la atmósfera. Ryan yacía en el suelo, inmóvil, y encima de él, se divisaba al ocupante del ataúd, asimismo quieto.

De repente, ocurrió algo horrible.

Se oyó un ligero chasquido. La cabeza del barón se separó del tronco y rodó por el suelo con lúgubres sonidos. Dagmar creyó que iba a desmayarse.

Black empezó a pensar en hacer algo. Súbitamente, recordó al otro sujeto.

Volvió la cabeza. Una exclamación de rabia brotó de sus labios.

—¡Se ha escapado!

Inmediatamente, echó a correr.

—¡Quédate, Dagmar; no te muevas de aquí! —ordenó.

En pocos instantes, estuvo fuera de la casa. Entonces contempló algo asombroso.

Swearles estaba en el borde de la loma, con las alas en delta ya extendida. Black se preguntó por la incongruencia de aquel método de huida. ¿No tenían a mano un automóvil?, se preguntó.

El asesino se lanzó al espacio, justo cuando Black estaba a punto de ponerle la mano encima. Swearles se movió sin dificultad en el aire y el joven pudo darse cuenta de que gobernaba en dirección al pie de la montaña.

Swearles se alejó sin dificultad de aquel lugar. Súbitamente, uno de los sectores del aparato empezó a aletear con grandes sacudidas.

El resto del tejido se desprendió un segundo después. Swearles cayó a plomo.

Se había alejado de la cumbre casi horizontalmente y estaba a más de doscientos metros de distancia cuando ocurrió el percance. El suelo se hallaba casi cien metros más abajo.

El alarido de terror descendió con Swearles, pero se cortó bruscamente cuando se produjo el impacto.

* * *

Dagmar llegó a la sala con un viejo pergamino en las manos.

—Aquí está la solución —dijo.

Black la miró inquisitivamente.

—¿Sí?

—Nos costará creerlo y quizá algún día pensemos que ha sido un sueño, pero lo cierto es que el barón descubrió un procedimiento que le permitió vivir en suspensión animada durante estos tres siglos. Sin embargo, en este pergamino se pide a sus descendientes que lo despierten al cabo de cien años solamente, bajo pena de sufrir su cólera. Estoy totalmente persuadida de que despertó y se vio a punto de morir, dándose cuenta de que sus descendientes no habían respetado su mandato. Por eso echó mano a la persona que más cerca tenia.

—Ryan —dijo Black.

—Si. En su mente, que ya estaba a punto de apagarse, llegó a

creer que era uno de sus descendientes, que había hecho caso omiso de su orden, y quiso castigarlo. Pero lo hizo con sus últimas fuerzas.

Black se quedo pensativo unos momentos. Luego dijo:

—Oye, Dagmar, si encontrásemos la fórmula... Sería interesante, ¿no te parece?

—La he destruido —dijo la joven tranquilamente.

—¿Gimo? —gritó él.

—Era algo horrible. Entre otras cosas, empleaba sangre de seres humanos, extraída en vivo y mezclada con fragmentos de cienos órganos, que también debía arrancar cuando sus víctimas estaban todavía con vida. No podía permitirlo, Ned, compréndelo; algún día, quizá, un loco habría encontrado esa fórmula demoníaca y...

Black hizo un gesto de aquiescencia.

—Sí, has hecho bien —aprobó—. Por suene, nadie sino nosotros presenció lo ocurrido. Nunca lo diremos a nadie, porque no nos creerían, ¿verdad?

—Incluso podrían acusarnos de la muerte de Ryan.

—Swearles cargó con la culpa. A todos les ha parecido lógico que disputase con Ryan y acabase estrangulándolo. Sobre todo, cuando escondimos la pistola.

—No me gusta lo que hemos tenido que hacer, pero... ¿teníamos otra solución?

Callaron un momento. Luego. Dagmar miró al joven.

—Ned, ¿qué le pasó a Swearles?

—Tenía el ala delta escondida aquí y, cuando salía a operar, la dejaba con antelación en Red Ridge. Después de matar a Clayburn, vino hasta aquí, pero cuando escapó, con las prisas, no pudo revisarla bien. Estaba montada defectuosamente y cuando alcanzó cierta velocidad, la presión del viento hacia arriba soltó la tela. Y ya no pudo alcanzar el coche que tenia escondido abajo, cerca del camino —concluyó el joven.

—Y así acabó el murciélago gigante. —Dagmar sonrió—. Supongo que Ed Fahey no creerá más en esos animales fantásticos.

—Será difícil convencerle de lo contrario —respondió Black—. Bien, mis vacaciones se acabaran dentro de una semana y tendré que volver a California. ¿Me escribirás alguna vez, Dagmar?

—He estado pensando una cosa, Ned.

—¿Sí?

—Quizá tarde un tiempo en volver a Alemania. Trataré de completar aquí mi tesis doctoral. A fin de cuentas, puedo convalidar el título de licenciado en Letras...

—Podrías inscribirte en la Universidad de California —sugirió él.

—¿Te gustaría?

—No me desagradarla, en efecto.

De pronto, Dagmar echó a andar hacia la puerta.

—Ven, Ned —dijo—. Hablemos de este tema fuera de la casa. El ambiente aquí adentro es demasiado lúgubre.

Salieron a la explanada. Desde allí veían Red Ridge. El féretro, con su contenido, había vuelto al sitio del que había sido extraído días antes.

—Ned, me gustaría pedirte un favor —dijo ella.

—Claro, lo que quieras.

—¿Por qué no me enseñas a pescar truchas con venablo?

Black se echó a reír.

—¿Cuándo? —preguntó.

—Ahora mismo, Ned.

El joven se apoderó de la mano de Dagmar.

—Te costará un poco, pero conseguiré que aprendas aseguró.

—En todo caso, tenemos muchos veranos por delante para conseguirlo —dijo ella.

Black se volvió para mirarla y sonrió.

—Todos los veranos de nuestra vida —dijo.

F I N

PUNTO ROJO

intriga...

ROJO

PUNTO ROJO

misterio...

ROJO

PUNTO

suspense...

ROJO

acción...

ROJO



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

Impreso en España